

REVISTA

DEL PROGRESO.

De la situacion actual.

La forma adoptada para la publicación de este periódico nos impondría la necesidad de consagrar especialmente sus columnas á la esposicion de los principios filosóficos, al desarrollo de las doctrinas generales en que se funda el sistema político que lleva su nombre, dejando á los periódicos que salen á luz con mayor frecuencia el cuidado de hacer las aplicaciones particulares de ese sistema á la marcha de los acontecimientos diarios y al giro de la política contemporánea; pero no creemos reconocer entre los que hoy figuran en el catálogo de la prensa española, como representantes del principio que defendemos, ninguno que que llene las condiciones necesarias en nuestro concepto para cumplir debidamente su mision; y esto nos obliga á seguir una marcha distinta de la que naturalmente debíamos adoptar. Los periódicos progresistas, en efecto, ó no tienen mas doctrinas que una mezcla confusa é inteligente de ideas y de opiniones, algunas de euales estan en abierta pugna en el principio que pretenden defender, ó solo son eco de determinadas pandillas y fracciones, que aunque pécercientes á la misma comunión, no profesan sin embargo iguales miras, ni abrigan propios intentos por el sencillo motivo de que en las unas solo se encierra ambicion, y en los otros

egoísmo; y que nada hay mas hostil que los egoísmos y las ambiciones por mas que se cubran con el mismo manto ó se disfrazen con la misma máscara. De aqui esas mil ideas absurdas predicadas continuamente por dichos diarios, y que solo pudieran sostenerse acaso defendiendo el sistema contrario; de aqui esas contradicciones palpables y que harian perder el sentido á cualquiera que no estuviere en el secreto de los viles resortes que mueven la periodística máquina; de aqui, en fin, la imposibilidad de encomendar á órganos tan poco exactos, ó que deben inspirar tanta desconfianza, la esposicion circunstanciada, la esplicacion técnica, por decirlo asi, del sistema político conocido bajo el nombre del progreso.

Tenemos asi que encargarnos nosotros mismos de este trabajo y formular el verdadero pensamiento progresista en los pliegues y repliegues continuos de la política del dia, rectificando no pocas veces la opinion de nuestras amigos *in nomine*, esplayando nuestras ideas en un terreno á que no se nos atreverian á seguir, haciendo ver en una palabra que las violencias y los excesos que pueden cometerse en nombre del dogma que invocan deben recaer exclusivamente sobre ellos y no sobre las ideas que dicen repre-

sentan. Si las pasiones ciegan á esos hombres hasta el punto de desconocer las consecuencias palmarias de su doctrina política, nosotros que no participamos de ellas, deberemos recordárselas y hacer notar sus contrasentidos; si sus intereses los impelen á obrar de un modo que sus principios altamente condenan, nosotros que no estamos ligados á ellos, habremos de censurar explícitamente su conducta y descubrir sus interiores móviles para que cada cual quede en su lugar, los hombres y los principios. Además, hemos manifestado ya en el número anterior que la fórmula progresista, lo mismo que la fórmula moderada, era incompleta y mezquina como ella; que ambas á dos engendraban por esta razón resultados monstruosos en sus consecuencias prácticas mas remotas, y que el solo medio de evitar este doble peligro, era la creación de un nuevo partido que se asimilase los dos fundamentales de nuestro país por medio de una fórmula superior que comprendiese las suyas, y en que el progreso se colocase por consiguiente al nivel de la conservación, la monarquía al del pueblito y la libertad al del orden. Nuevo motivo pues para que, á la par que desenvolvamos nuestras ideas sobre las bases del verdadero sistema constitucional, según le concebimos, dediquemos algunos artículos á juzgar la situación política presente, juicio que es moralmente imposible se forme bien por ninguno de los bandos beligerantes, bajo el punto de vista aislado en que se colocan y en la posición escéntrica que sus opiniones falsamente sistemáticas los obligan á tomar. Es verdad que el nombre de nuestro periódico, señala al parecer de antemano el carácter de la ojeada que echemos sobre aquella; pero también lo es que este nombre no presupone nada cuando cualquiera otro de los que forman el vocabulario liberal, nos hubiera convenido igualmente, porque todos los

admitimos y todos los invocamos á su vez; y en cualquier caso, nuestra independencia y nuestro aislamiento de los intereses y pasiones dominantes nos ponen en situación de guardar rigurosa imparcialidad, haciendo pesar sobre los partidos indistintamente la mas severa censura cuando á ella se hagan acreedores.

Tristísima y lamentable por demás es la situación, dejándonos ya de preámbulos, en que hoy se encuentra nuestro país. Rechazada la tentativa de guerra civil hecha por el partido que hoy está pagando ya su crimen (¡ojalá que lo pagaran solo sus individuos verdaderamente culpables!), con el aborto de la conspiración del siete, el término del alzamiento de las provincias del Norte, y la represión de las maquinaciones proyectadas en otros puntos de la Península; parecia que el partido dominante habia logrado todo cuanto podia desear para hacerse acreedor á la gratitud pública y consolidarse por su medio en el poder de una manera mas robusta que la fuerza de las circunstancias y el escamoteo de la opinión. Para conseguir este fin, una vez alcanzada la derrota de los moderados, bastábale manifestar aquella moderación que honra siempre á los vencedores generosos y magnánimos; aquella prudencia que contribuye á afianzar una causa mas todavía que las armas que le dan la victoria; aquella justicia que atestigua á todos que se ha vencido con razón y no en virtud de un hecho ó accidente cualquiera; aquella circunspección y templanza, por último, tan indispensables para hacer provechoso el triunfo como lo son la fuerza y la energía para obtenerle antes. De este modo, y solo de este modo, podia adquirir un prestigio sólido y una popularidad verdadera, manifestando á la España y á la Europa toda que en la insurrección terminada no habia quedado vencido un principio constitucional, sino una trama

absolutista formada sin ningun deseo del bien y de la felicidad del pueblo; no un partido respetable y digno de ser tratado con la tolerancia y la consideracion debida á todos ellos, sino una cuadrilla de ambiciosos que, renegando de él, venian simplemente á hacernos presa de su ambicion egoísta; no una causa legítima y digna de todas las simpatías, si no otra puramente individual é interesada, y con quien nada tenia que ver el país. Obrar en otro sentido, era esponerse á que se dijese con razon que ese absolutismo habia sido humillado para dar lugar á otro absolutismo de peor índole quizá; que esa turba de ambiciosos habia sido vencida por otros igualmente despreciables; que esa causa personal, habia cedido solo ante la fuerza mayor de otra que no lo era menos. Para rechazar estas graves acusaciones y es- torbar que tarde ó temprano acarreasen una reaccion, los exaltados debian conducirse por otra parte en términos que desmintiesen en su vencimiento mismo todos los cargos que se le han hecho por sus contrarios políticos, el exclusivismo y la intolerancia, y que el elemento revolucionario que han tenido siempre la desgracia de arrastrar en pos de sí, quedase, despues de él sofocado ó reprimido. Con semejantes medios eran infalibles el robustecimiento de su poder y la consolidacion de su mando hasta el punto de prometerse muy venturoso destino y poderse lisonjear con la esperanza de ser los primeros á abrir la carrera de las mejoras materiales y positivas en que tanto nos urge entrar. Sin rivales en en el campo político, porque los que podian serlo estaban civilmente muertos; libres de atender á su defensa en la lid constitucional que quedaba despejada; firmes con el apoyo público que habrian podido conseguir, ¿qué condiciones mas favorables debian apetecer para aplicar sus doctrinas buenas ó malas y consolidar un

gobierno si esto les fuese posible? De todas maneras, la paz que proporcionáran al país habia compensado superabundantemente todo el daño que envolviesen sus estériles ideas, y á falta de una fuerte é ilustrada direccion social de parte de los encargados de ella, las empresas individuales hubieran descubierto una rica mina de prosperidades á la sombra de la tranquilidad y del sosiego. Sin embargo, nada de esto ha sucedido. Los hombres del dia han hecho precisamente lo contrario de lo que debian haber puesto por obra para adquirir la fuerza y la robustez de que hemos hablado. En vez de guardar moderacion, solo han sabido dar rienda suelta á las pasiones; en lugar de manifestar prudencia, no han vacilado en amontonar desvaríos y errores groseros sobre los que formaban ya de antemano su patrimonio; lejos de presentarse justos é imparciales, la venganza y el odio ha presidido á todos sus actos; el fanatismo, la pasion y la locura han ocupado por último el lugar de la tolerancia, de la cordura y de la circunspeccion, y las tendencias revolucionarias se han despertado de una manera que amenazan abrasar en nuevo y vastísimo incendio á nuestra desventurada patria. El resultado ha sido que no solo se han malogrado las esperanzas de porvenir para el partido exaltado, sino que se ha hecho imposible la dominacion por ahora de cualquiera otro que quisiese tomar sobre sus espaldas la inmensa obra de la restauracion de España á tanta costa emprendida. Todos se preguntan con inquietud qué será de nosotros; todos conciben temores mas ó menos exagerados, pero igualmente recelesos, sobre la suerte que nos aguarda, y la esperanza no se abriga en el corazon de nadie. En vista de la marcha funesta que llevan generalmente los asuntos públicos, al reconocer los síntomas alarmantes que acá y acullá se descubren, todos tiemblan de que lleguen á

trabajarnos nuevos y terribles infortunios que nos hagan envidiar la azarosa situacion de que acabamos de salir. En vano procuran inspirar confianza algunas de las personas comprometidas en el actual orden de cosas: nadie cree en sus palabras, y los mismos que simpatizan mas con sus ideas, son los primeros á estremecerse del horizonte oscuro y sombrío que se presenta. La situacion, lo repetimos, es tristisima y lamentable por demás.

Nada exageramos en esto. Nuestro temor ó mal deseo no nos hacen ver las cosas en una perspectiva de desaliento y desesperacion. Manifestamos únicamente la verdad, la triste verdad que solo niegan los que tienen un interés directo en ocultarla. Volviendo primeramente los ojos á la marcha que lleva en esta Corte la causa formada á los complicados en la sedición militar del Real Palacio, se observa con dolor que, preocupados mas bien los hombres del partido dominante de la idea de la venganza, que de la estricta justicia, no se dan por satisfechos sino cuando por el consejo de guerra se pronuncian sentencias de muerte que el por su parte procura no escatimar. En vano la indulgencia ha hecho oír su voz, y la política sus máximas mas cuerdas y previsoras. Ni los jueces han perdonado, ni el representante de la Corona ha interpuesto su alta clemencia. Al ver tanta severidad, tanta dureza, tanta imprevision, se teme que los rumores y los odios impongan solos sus fallos á los tribunales, que los castigos degeneren en proscripciones, que los cadalsos se alzen por último en las calles y plazas públicas á imitacion de lo que en épocas sangrientas y escepcionales se ha hecho en otras naciones. Fijando luego la atencion en el desenlace de los acontecimientos de las provincias Vascongadas, es imposible desconocer las imprudencias y graves faltas cometidas por el gobierno en la solucion que le acaba de dar. Sin tener en cuen-

ta las pocas simpatías manifestadas por sus naturales hácia los insurgentes, ni hacerse cargo de lo conveniente que es quitarles para en adelante todo pretexto legítimo de sublevacion ahora que se ha querido alzarlos bajo uno falso y sofístico, se ha preferido tratarlos como habitantes de un pais conquistado imponiéndoles en rosísimas contribuciones de guerra, ejecutando con ellos no pocas violencias, y tales que apenas podemos creer alguna de las que hemos oído; privándolos por último de sus fueros sin ninguna restriccion, y aunque no podemos decir que faltando á la ley de octubre que en nuestro sentir está terminante en favor de la unidad constitucional, á lo menos rompiendo de un modo impolítico y atropellado las estipulaciones entabladas para el arreglo de este asunto. Los provincianos que, salvo algunas ligeras escepciones se han conducido recientemente con la lealtad que acostumbran desoyendo, las sugestiones de los promovedores de la guerra civil, eran acreedores á alguna gratitud y miramiento de parte del gobierno á quien les aconsejaban que atacasen. Era urgente á la verdad arreglar una cuestion que, como decia muy bien el manifiesto del señor Regente del reino, hasta ahora no habia servido mas que de pretexto de discordia y ocasion de guerra; pero habia otros medios mil veces mas prudentes y moderados para llegar al fin apetecido sin cortar el nudo con la espada á la manera de Alejandro que al cabo llevaba tras sí un aguerrido y disciplinado ejército. Todos estos pasos no pueden producir otra cosa que hacer efectivo el descontento de los vascongados, y dar origen á que mañana ú otro dia aprovechen sus disposiciones hostiles los mismos que ahora han visto estrellarse sus esfuerzos contra sus inclinaciones pacíficas, lo cual es motivo de inquietud y temor para todos. Y si, por fin, se pára la consideracion en la

marcha seguida por varias ciudades que, so pretexto de ponerse en vanguardia contra la insurreccion, han erigido en su seno verdaderas juntas revolucionarias que perpetran toda clase de excesos contra los particulares y se burlan de la autoridad del gobierno, cuando lo consideran oportuno, hay nuevos motivos para desconfiar de que la paz, tan criminalmente alterada por los llamados conservadores, llegue á restablecerse en mucho tiempo. No se comprende que otro objeto puede haber sugerido la formacion de esas comisiones de salud pública, de esos centros de sedicion establecidos en Barcelona, Valencia, Badajoz, Alicante y otros puntos que el de sistematizar la anarquía y de organizar el desórden para que acabe de venirse á tierra el edificio social ya harto alterado y conmovido. En otro caso es evidente que guardarian una conducta mas mesurada y en mayor armonía con los principios que dicen se han levantado á defender, en vez de formular pretensiones sediciosas y llevarlas adelante con desprecio de las leyes y de las autoridades constituidas. De manera que las complicaciones originadas por la intolerancia de la comunión exaltada y las imprudencias de los encargados por ella del poder, se aumentan espantosamente con la irrupcion repentina de las pasiones revolucionarias desencadenadas en diversas provincias, y la ansiedad pública crece con la misma espantosa proporción.

Se vé pues que teniamos razon en afirmar que no exagerábamos nada pintando el estado del país con los mas tristes colores. Para juzgar de la exactitud del cuadro que brevemente hemos trazado, basta examinar los hechos y sacar sus legítimas consecuencias. Reconociendo los unos y deduciendo las otras, se echa de ver que tienen demasiada razon los periódicos conservadores, cuando en la oposicion

que hacen al gobierno insisten tanto sobre las dificultades de la situacion y el peligro inminente que corren todas las instituciones bajo la influencia que ha tenido hasta ahora el sistema actual. Callan en verdad que su partido ha contribuido mas que nadie á aumentar esa influencia tan desastrosa; pero no puede menos de convenirse con ellos en que, siguiéndose la marcha que hasta aquí, el órden constitucional naufraga lastimosamente. Ya ha llevado fuertes y poderosos ataques vergonzosamente consentidos; es probable que no sean los últimos como se continúen vergonzosamente consintiendo.

No podemos sin embargo conformarnos con la opinion de esos periódicos que, con una especie de satisfaccion que hace por cierto poco honor á sus sentimientos de patriotismo, proclaman á voz en grito que el estado presente de las cosas es irremediable, que no hay mas recurso que dejarse devorar por la revolucion, y que el gobierno de los exaltados es impotente para luchar con la una y poner remedio al otro. Si tal fuere nuestro convencimiento, arrojaríamos desesperadamente la pluma y nos retiráramos á esperar en la melancolía del silencio los desastres con que nos amenazan, y que en efecto nos deben estremecer si á realizarse llegan. Pero nosotros pensamos por el contrario que todo puede remediarse todavia, que los elementos revolucionarios son susceptibles de ser contenidos, y que, cualquiera que sea el origen y la fuerza de los compromisos del partido que domina hoy, es capaz no obstante de realizar una obra en que contaria desde luego con el apoyo de la inmensa mayoría de los españoles que desean ver consolidada la paz y la tranquilidad públicas. Reconocemos, es cierto, con los órganos del partido conservador que las dificultades con que tendrán que luchar los hombres del día para crear un sis-

tema de orden y estabilidad serán tanto mayores cuanto mas distantes han estado hasta ahora de pensar en tales cosas, y mas opuesto á este fin es el rumbo en que están empeñados; pero los suponemos al mismo tiempo interesados en su propia conservacion, y esto nos induce á creer que su egoismo les obligará á hacer lo que rechaza desde luego el espíritu de sus ideas fundamentales. Nos esplicaremos.

Que el partido exaltado no se engañe; que no se engañe tampoco el Gobierno que ha puesto á su cabeza; la existencia física y moral de uno y otro está envuelta en la cuestion planteada en Barcelona, y que tan imprudentemente han provocado los conservadores vencidos con su criminal intencion y el ministerio presente con el sistema de violencias y de persecuciones, puesto por él en boga. No son ahora las maquinaciones del partido moderado las que deben temer en este momento y con mayor empeño combatir; esa opinion, actualmente humillada y vencida, solo piensa en apartar de si los golpes con que se la acusa, y no se siente con ánimo de conspirar; son otras las tramas de que deben temblar, otros los enemigos que tienen que vencer, si no quieren sucumbir tan desastrosamente como hubieran sucumbido sin la represion de la tentativa del mes pasado. Esas tramas y esos enemigos son tanto mas terribles cuanto que las unas se apoyan á su vez en los mismos elementos que ese partido y ese gobierno han puesto antes en combustion para llegar á su objeto, y los otros son los que hasta aqui se contaban en el número de sus mas fervientes sostenedores. Ya no solo es la Constitucion la que se derroca; ya no es el orden político existente lo que se ataca; es la existencia material de la nacion lo que se combate; es el orden social entero el que sucumbe. Si hasta aqui solo corrían riesgo la libertad y las instituciones constituciona-

les, ahora le corren igual ó acaso mayor los fundamentos mismos de la sociedad y de la moral pública. Ni la una ni la otra pueden subsistir legalizando el asesinato, autorizando el latrocinio, y patrocinando la destruccion: honrariamos demasiado á los fusiladores de Valencia, á los asesinos de Palma, á los demolidores de Barcelona, á los éxaccionistas de todos los puntos, si solo dijéramos que infringian el Código político fundamental, cuando es otro código mas elevado el que barrenan, el de las leyes sagradas y eternas del bien.

Ahora pues, la existencia de la nacion y el orden social que tanto peligran hoy dia, no pueden ser indiferentes al partido exaltado, ni al gobierno que le representa. No pueden serlo, porque en la ruina de ambas cosas iria envuelta infaliblemente la suya, porque su destruccion arrastraria por fuerza la de los hombres á la sazón encargados de conservar la una y proteger el otro, porque las revoluciones sociales han devorado siempre á las revoluciones políticas y el movimiento de octubre devorará, si no lo remedian con tiempo, al alzamiento de setiembre que les es tan caro. Inútil es pensar en leyes y en Constitucion cuando se trata de saber si ha de quedar pais en que imperen esa Constitucion y esas leyes; vana tarea es afanarse en consolidar un sistema político cualquiera, cuando se quiere echar al suelo la sociedad que ha de servirle de base. Y si los exaltados y su gobierno desplegaron tanta enerjía para rechazar á aquellos que venian á atacar la Constitucion y las leyes que no retrocedieron ante los escesos y violencias de que hemos hecho mencion; si para vencer á los que trataban de destruir el sistema político existente, no han vacilado poner en movimiento las pasiones populares y dar origen á esas fatales juntas de vigilancia que han ocasionado tantos desastres, ¿cuánto

mayor será el vigor que deberán desplegar ahora para sostener los fundamentos de toda Constitucion y de toda ley? ¿Cuántos resortes mas poderosos habrán de poner en juego para afianzar el órden social, condicion necesaria de todo órden político? Seria preciso suponerles enteramente ciegos sobre la suerte que los aguarda á ellos, como á todos, si triunfan los nuevos revolucionarios; seria menester creer que desconocen el inmenso alcance de los acontecimientos de Valencia y Barcelona para imaginar que no es del mas urgente interés para ellos lo mismo que para el pais sufocarlos en su origen y prevenir sus peligrosos efectos. Pero es imposible semejante suposicion. Los hombres que están al frente del partido dominante tienen demasiada esperiencia de la marcha de las revoluciones para ignorar el desenlace de la española si no ponen poderosos diques al torrente devastador. Ya se ha pronunciado sobre este punto bastante esplicitamente la gran mayoría de la opinion exaltada, y es permitido suponer que, si no se refrenan los atentados en cuestion, no es porque no se reconozca tan imperiosa necesidad, sino porque se considere incapaz de realizarlo por sí, ó tema debilitarse demasiado combatiendo á la fraccion suya de tales desmanes perpetradora.

Mas esos temores son infundados en nuestro concepto. Primeramente, no hay partido bastante endeble, ni gobierno bastante impotente para no poder llenar una mision tan importante como la de proteger á la sociedad amenazada, ó de dar fuerza á la autoridad pública desconocida, cuando esas amenazas vienen solo de puntos aislados, y ese desprecio á la ley no se ha hecho aun general y constante. Por fuerte que haya sido la tendencia que de dos años á esta parte ha arrastrado al partido progresista á caer en el estado actual de cosas; por grande que sea el empuje que haya dado tan ciegamen-

te al elemento revolucionario y desorganizador; todavia no ha llegado por fortuna el pais á aquellos dos terribles extremos. La sociedad está profundamente trabajada por un sacudimiento político, pero aun se mantiene intacta en sus bases fundamentales; el gobierno es débil y ha perdido en muchas partes su fuerza moral; pero en otras la conserva aun, y en las demas puede recobrarla; el desórden, en fin, no se ha vuelto caos. Por lo que, aprovechando los pocos elementos de órden que se mantienen en pie, y prevaleciéndose de la escasa vida que les resta á los poderes sociales, no es imposible, sino muy fácil, estorbar que cunda la disolucion y se propague el desórden. Pero si se deja que lo que ahora está concentrado en dos ó tres puntos se estienda á toda la nacion, que lo accidental se torne permanente, en ese caso ya será imposible estorbar el desastre, y la sociedad española habrá de sucumbir. Si se espera á que la chispa llegue á ser incendio, todo está entonces perdido. En segundo lugar, ¿es cierto que el partido exaltado se enflaquecería atacando á los hombres que demuelen las ciudadelas, asesinan á ancianos respetables, fusilan con solemnidad á personas puestas bajo la salvaguardia de las leyes y roban las fortunas de los particulares? Nosotros creemos por el contrario que se robustecería considerablemente si, castigando severamente tan atroces hechos, empezase á arrojar de su seno esa parte corrompida que le inficiona, esa fraccion revolucionaria que le ha impuesto siempre sus exigencias, y que si alguna vez le ha servido de estribo para encaramarse al poder, debe ser aplastada ahora como un pedestal de baldon y de infamia. Asi únicamente podrá algun dia purificarse de las manchas que le afean, y constituirse alguna vez como verdadera opinion constitucional que no necesita apartarse nunca del sendero trazado por las le-

yes y las costumbres parlamentarias.

Y no es solo su interés directo é inquestionable lo que debe alentar al gobierno y al partido exaltado en general para refrenar de un modo ejemplar los desmanes de Barcelona y Valencia. Es una imprescindible exigencia de honor, una alta consideracion de justicia, una urgente necesidad pública. No pierda esto de vista aquel partido, y particularmente el gefe que lo representa. Acabados de vencer los insurgentes moderados y reprimida su intontona como encaminada á trastornar el orden establecido y encender nuevamente la guerra civil, interesa muchísimo al honor de ese partido y de ese gefe manifestar que se encuentran igualmente dispuestos á combatir á los insurgentes barceloneses y valencianos, y á sofocar con la misma rapidez su alzamiento dirigido á trastornar mas profundamente aun el sistema actual, á engendrar una calamidad mil veces mas funesta que la guerra intestina, la disolucion social. Una conducta diferente no solo seria deshonorosa: no que seria atrozmente injusta, escesivamente impolítica y poco cuerda.

¿Qué se dirá de los hombres del día como las tropas acudidas á contener la insurreccion de las provincias Vascongadas no vuelen inmediatamente á castigar los escandalosos hechos de Barcelona y Valencia? ¿Qué se dirá de la persona que está hoy al frente del Estado, si, realizando el célebre dicho *ni mas ni menos*, no despliega la misma actividad que hace un mes cuando peligraba simplemente el orden político? Se dirá, y con razon, que la rebelion moderada solo fué severamente reprimida porque tiene por objeto derribar el poder existente, y que ahora se mira con desden la que acaba de estallar, porque toma su nombre y se guarece bajo su bandera aunque vaya encaminada á causar la ruina de la nacion misma, con la cual son in-

compatibles todos los poderes; se dirá que, cuando se ha tocado á los intereses y á los egoismos, los unos y los otros se han levantado inmediatamente á rechazar con vigor á los egoismos é intereses contrarios; pero que, cuando son principios é ideas lo que únicamente se ataca dejando salvos los primeros, se mira el ataque con desprecio, no obstante que esas ideas y esos principios menospreciados sean la salvaguardia de la seguridad pública y privada; se dirá que hubo vigor y energía cuando la cuestion estaba empeñada entre el partido conservador y el partido progresista, pero que no hay sino apatia é indiferencia cuando el enemigo es del propio color, aunque nó por eso deje de ser tan temible, aunque realmente sea incomparablemente mas temible; se dirá, por último, que, si pudo hacerse cruda guerra á los que venian á sostener la pretendida regencia de Cristina é introducir el gobierno de los moderados, no así á los que vienen á hacer imposible toda regencia y todo gobierno aparentando, empero un falso respeto por la del duque de la Victoria y el del partido exaltado. Mas tanto el partido exaltado como el duque de la Victoria, deben estimar bastante su honra y su buen nombre para no quedar en descubierto, para no ser acusados ante la posteridad; y su responsabilidad será inmensa y el fallo de la última severísimo, si no se ponen á cubierto de la una y se justifican para con la otra, probando que todos los sediciosos son para ellos iguales, que todos los revolucionarios están para ellos en la misma categoría de crimen, y en mayor todavia los que atentan á la sociedad que los que atacan una simple forma de su gobierno.

La espada de la ley debe tener además dos filos; la justicia no debe inclinar su balanza á ninguna parte. A los que han venido á encender la guerra civil no solo se les ha combatido con

empeño, si no que se les ha aplicado toda la severidad de las leyes; el mismo empeño y la misma severidad deben desplegarse con los que, promoviendo desórdenes de mayor gravedad aun, quieren traer una revolucion social: los perpetradores del delito de sedicion y de ataque al gobierno constituido no merecen ciertamente mayor castigo que los culpables de asesinato y de violacion de los principios sociales. Los nombres de Leon, Montes de Oca, Quiroga y Frias, que han sucumbido bajo la acusacion de un hecho gravísimo sin duda, reclaman imperiosamente que sufran igual ó mayor castigo, si posible fuera, los que son reos de un crimen de mayor trascendencia todavia; ó no hay justicia sobre la tierra, y el derecho es una funesta mentira. Y si las milicias nacionales de Bilbao y Vitoria han sido disueltas con razon, porque, faltando al honroso objeto de su instituto, alteraron el sosiego público, tomando partido con los sediciosos y apadrinando la rebelion, y esto sin que les valiesen á la una los gloriosos laureles ganados el dia en que rechazó por sí sola las hordas facciosas de las calles que habia logrado invadir, y á la otra la ínclita fama adquirida en sus dos heroicos y para siempre memorables sitios; las milicias nacionales de Barcelona y Valencia, la primera de creacion reciente y que no cuenta mas hazañas que alborotos y motines, y la segunda que no puede citar ni con mucho la gloria y renombre de aquellas dos, no merecen menos sufrir una pronta disolucion sin que le valgan miramientos ó consideraciones que no existen. No, no son mas dignos de figurar al lado de los beneméritos milicianos nacionales de Madrid, que en la noche del 7 se coronaron de gloria presentando lealmente sus pechos á los tiros de la sedicion, los que lanzaron el grito de guerra civil y de rebeldia que aquellos que atentan á la independencia de su país destruyendo los alcázares que

la defienden y á la existencia misma de la sociedad minándola en sus bases mas firmes y robustas.

Los delitos y crímenes cometidos en defensa de una causa política, aunque no por esto deben dejar de ser colocados en nuestro concepto en la categoria de tales, tienen al menos la disculpa de que sus autores han creido por su medio alcanzar un objeto justo y legítimo á su parecer, y esta consideracion debe pesar mucho en el ánimo del tribunal encargado de aplicarles la correspondiente pena para dulcificarla y hacerla menos grave en semejantes casos. Esta disculpa de los hechos delincuentes y esta dulcificacion del castigo que les es debido, deben ser tanto mayores cuanto mas frecuente haya sido el cambio de sistemas políticos en el país donde estos se impongan y aquellos se perpetren. En épocas tan azarosas como las que hemos alcanzado nosotros para la desventurada España, en que hoy es un crimen lo que ayer era una virtud, en que la misma voz llega á ser sucesivamente grito de lealtad y de traicion, en que los hombres se desgarran hoy invocando las mismas cosas en cuyo nombre se unian ayer, se necesita tener una conciencia muy limpia, una fijeza de opiniones nada comun, y una invariabilidad de principios punto menos que imposible para atreverse á juzgar con toda la severidad de las leyes por hechos que poco antes se hubieran ensalzado á las nubes, á calificar malo y traidor lo mismo que no ha mucho se habria calificado de noble y patriótico, á estampar el sello de la ignominia y del cadalso sobre aquellos en cuya cabeza se hubiera puesto algun tiempo atrás una corona de gloria y de apoteosis. Pero los delitos y crímenes perpetrados sin otro objeto que satisfacer venganzas y contentar pasiones, infringiendo todos los principios tutelares del orden social y de la moral pública y privada, no

tienen absolutamente ninguna escusa ni merecen que se modifique en su favor lo mas mínimo la pena creada para castigarlos y reprimirlos. Siempre ha sido un delito feo el robo, siempre ha sido crimen atroz el asesinato, siempre ha sido una traicion infame el hacer la guerra en cualquiera forma á su país, porque todos estos hechos atacan mas ó menos gravemente la sociedad que no puede conservarse sin que la propiedad tenga garantías, sin que la existencia de sus individuos sea respetada, sin formar uno de esos cuerpos políticos y determinados llamados naciones; en vez de que no pueden colocarse al mismo nivel las acciones dirigidas á destruir un orden político cualquiera, á derribar un sistema de gobierno determinado, porque los sistemas políticos pasan y los gobiernos se suceden, aunque no por eso deban considerarse como inocentes del todo, en razon á que la sociedad necesita al cabo indispensablemente de un orden político que la conserve y de un gobierno que la proteja. Refiriéndonos á lo que entre nosotros está sucediendo ahora, la proclamacion de los derechos de la ex-regente, el ataque á mano armada del estado actual de cosas, y la introduccion del sistema contrario eran ciertamente criminales, y muy criminales, porque esa proclamacion traia la guerra civil, ese ataque alteraba el sosiego público, y para introducir ese sistema se apelaba á la anarquía y á la rebelion militar, sin que los delincuentes pudieran escusarse con que no hacian mas que valerse de los mismos medios que sus enemigos y esponerse al mismo riesgo que estos habian hecho correr ya de antes á la nacion, porque ni tales medios fueron tan inmorales en las manos de los últimos atendido el carácter de sus doctrinas, ni tal riesgo fue tan inminente en setiembre, ni el ejemplo autoriza para traspasar los límites de la legalidad y del deber, y me-

nos todavia cuando se deja muy atras en escándalo y en maldad á aquellos á quienes se imita; mas todos esos hechos eran en algun grado disculpables á causa de que ha habido un tiempo en que gritar *Viva Cristina!* no era delito sino gloria; que el sistema actual no dominaba ni entraba en la cabeza de nadie que dominase como ahora, que el sistema vencido se veia triunfante y en el poder, y se encontraba respetable y numeroso; en razon á que ese mismo ejemplo que, como hemos dicho no autorizaba el crimen, debia tomarse empero en alguna cuenta para mostrarse indulgentes con los criminales. A pesar de eso, tanto al malogrado general Leon y sus co-reos en esta corte, como al infeliz Montes de Oca y los suyos en las provincias, se les aplicó todo el rigor de la pena, se les echó toda la justicia encima segun decirse suele, á los unos por el consejo de guerra formado para juzgar los acontecimientos de la noche del 7, á los otros en virtud de solo la ley de la guerra, sin considerar que, habiendo quedado impunes otras sediciones militares que habian tenido un objeto político y sin repension otros alzamientos hechos por motivos análogos, pareceria la sentencia un fallo del vencedor, la ejecucion una venganza ruin, y la muerte de los delincuentes un martirio por sus doctrinas políticas. Ninguna de estas consideraciones ha podido detener al partido exaltado y á su gobierno en su marcha de inclemencia y severidad, y gracias que, como ya hemos dicho, todo esto no degenerate una proscripcion sangrienta. De modo que tratándose de actos que nada se rozan con la política, como los de Barcelona y Valencia, de actos que desde luego calificamos de infinitamente superiores en criminalidad á los de esta corte y de las provincias Vascongadas, porque atacan el orden social y no el orden político, porque los autores de los primeros toman como fin

lo que los promovedores de los segundos tomaban simplemente como medio, seria el colmo de la injusticia, un escándalo sin ejemplo, una inaudita maldad que se observase clemencia ó impunidad absoluta con los unos, despues de haber desplegado tantísimo rigor con los otros. Para hacer esto último los exaltados estaban simplemente en su derecho; lo primero no solo está en sus facultades sino que es su deber, y uno de sus mas imperiosos deberes.

Llegada es la hora de que los hombres del día y su gobierno prueben que no solo un mezquino interés, que no solo una ambicion vituperable, que no solo un inmenso egoismo les ha hecho atropellar por todo para encaramarse al poder de que estan en posesion. Llegado es el tiempo de que se vea claramente que una ráfaga de patriotismo, que un vislumbre de virtud ha pasado siquiera por su imaginacion al hacer lo que estan haciendo de dos años á esta parte. Las cosas han llegado á un punto en que no les es posible mantener ocultas por mas tiempo sus intenciones y los verdaderos resortes que las dirigen. No cabe alternativa entre manifestar que se posee el poder desde setiembre acá con el derecho y la legitimidad que tienen siempre los sistemas que se distinguen por su justicia, desinterés y amor del bien público, sea cualquiera el modo como hayan triunfado, ó en descubrir por último que desde ese mismo tiempo se está representando la mas inmoral de todas las farsas políticas. Todo depende de la conducta que se observe con los sediciosos barceloneses y valencianos.

Despues de las consideraciones que acabamos de hacer en apoyo de la justicia que habria en castigar los motines de Barcelona y Valencia, ¿deberíamos detenernos á probar qué miramientos no menos respetables de prevision política y conveniencia pública aconsejan lo propio? Creeríamos des-

virtuar así los argumentos que hemos presentado; la prevision política y la conveniencia pública son poca cosa cuando necesita hacerse oír la voz de la justicia y del deber. Por lo demás, los miramientos de la primera clase tienen tambien mucha fuerza, y podrian servir para apoyar á los de la última, si estos necesitasen apoyo. Considérese lo hostilmente que ha sido mirado en el extranjero el actual orden de cosas cuyos principios y tendencias estan en tanta contradiccion con el espíritu general de la mayor parte de Europa; téngase en cuenta que, si se dejan impunes los horribles atentados de que nos quejamos, pudieran reproducirse con doble fuerza iguales síntomas en los misinos ó en otros puntos, y la situacion del pais complicarse en forma que llegase á ser indispensable una intervencion extranjera. Esta solucion no es imposible si el desenfreno de las pasiones llega á tal punto que la disolucion social cunda universalmente y las altas potencias se vean obligadas á tomar medidas de precaucion para sí y contra nosotros, por su utilidad y ventaja propia, no por amor y cariño nuestro. Los rumores que han corrido estos últimos dias de aproximacion de tropas á la frontera con objeto, segun algunos, de realizar la triste hazaña de 1823 en un plazo mas ó menos remoto, y con mayor ó menor intervencion de su parte, son á nuestro parecer exagerados ó sin fundamento, y los consideramos producidos ó abultados por el bando caído, que habiendo llevado su inmoralidad al extremo de empeñarse en triunfar por la guerra civil, no se detiene tampoco ante la idea de conseguirlo por la servidumbre extranjera, echando en completo olvido la terrible leccion dada á los que en 1823 esperaban libertarse con los ejércitos franceses de la tiranía constitucional y se encontraron con otra mas bárbara y sanguinaria. Mas esos rumores son un aviso de lo que

Podría suceder si aciagos acontecimientos que aun es tiempo de evitar justifican una intervencion en 1842 mas que los errores y exajeraciones del liberalismo español justificaron la de 1823. Piénsenlo bien los hombres del partido dominante y su gobierno, y aparten oportunamente una calamidad poco probable hoy, pero posible mañana. No se ilusionen con el apoyo que les presta ahora la prensa liberal francesa. Esa prensa ha sido la primera á aconsejarles ahora prudencia y moderación, y sería la primera á apoyar la entrada de tropas extranjeras si veia que la sociedad peligraba y la nacion por momentos se disolvía.

¿Se persuadirán de esta verdad esos hombres y ese gobierno? ¿Comprenderán no solo lo justo y lo conveniente que es adoptar una senda para todos en igual grado severa, sino que en ello va su mismo interés y está empeñada su propia existencia? Nos atrevemos á esperarlo. La opinion progresista, como ya insinuamos, se ha pronunciado abiertamente contra los sucesos de que nos ocupamos, y esto es una gran prenda en favor de nuestro sentir. El gobierno por su parte los reprueba al parecer con no menos severidad, y aun ha expedido un decreto disolviendo las juntas de vigilancia, y una circular amonestando á las autoridades para que comprendan mejor sus deberes y no sean la primera piedra de escándalo. Sin embargo, no basta la reprobacion, ni sirven de nada las prevenciones gubernativas, si á la una no acompañan castigos, severísimos castigos, y las otras no son seguidas de una actividad asombrosa para llevarlos á efecto. No se está ya en el caso de censuras y de documentos, si no en el de obrar pronto y rigurosamente contra los promovedores de la sedicion, contra los autores de sus excesos, contra las débiles é indignas autoridades que se han puesto al frente de la una y los malos ciudada-

nos que han apoyado los otros. Otra cosa es no hacer justicia, es querer que el país se pierda. Que el señor Regente del Reino demore su traslacion á esta corte hasta que, afianzada una vez la tranquilidad en las provincias Vascongadas pase con las tropas que le acompañan á hacer sentir todo el rigor de las leyes en las provincias que han sido teatro de sediciones mas temibles que la que acaba de reprimir; esta es la única medida salvadora que en las circunstancias presentes cabe ya despues de haberse dejado tan imprudentemente que se desarrollasen los gérmenes revolucionarios que las han producido y contemplado crecer con culpable indiferencia esa hidra de cien cabezas nacida en Cataluña y llamada revolucion social. El duque de la Victoria ganaría entonces el apoyo de todos los buenos españoles, y de todos los honrados patriotas, (palabra que tanto se ha prostituido), y sabe Dios si algun día necesitará de él para defenderse de ataques imprevistos y no esperados. Esta capital le vería entrar trayendo en su mano la espada de la justicia y no sirviendo solo de instrumento al triunfo del partido á cuyo frente se encuentra y cuyo puesto es tiempo de que deje ya para ponerse á la cabeza de la nacion misma, si tiene una idea exacta de sus altas é importantes funciones.

Para conseguir plenamente el objeto de extirpar la anarquía y ahogar la revolucion, el gobierno debiera además distinguirse por otras medidas preventivas que son el complemento necesario de las disposiciones de pura represion que requiere el estado anárquico de Valencia y Barcelona. Es preciso que enmiende los errores cometidos, que adopte una marcha mas acertada, que se abstenga de todo paso imprudente. Si la cuestion no es ya con los moderados, sino con las anarquistas, con los sediciosos de octubre, sino con los revolucionarios de noviem-

bre, ¿á qué observar la misma conducta que hasta aquí y que solo puede producir nuevos escesos y violencias. Es preciso que cese ese ostracismo administrativo y militar que, por el empeño y arrojo con que se lleva, sabe Dios hasta que punto puede complicar la situacion y acrecer la crisis presente sino se contiene à tiempo y cuando ya es inútil y estemporáneo; importa mucho mostrar mayor templanza con los vencidos que pudieran recurrir à arbitrios desesperados en su triste situacion, y dar motivo á nuevas reacciones y atrocidades; urge, sobre todo, que cese ese sistema de sangre y de rigor que solo puede contribuir á que los ánimos se enardeczan y las pasiones se irriten mas que lo que están para consagrarse con descanso y seguridad á la obra de la represion de los anarquistas que, invocando la libertad y el bien público, inauguran un despotismo tanto mas opresor cuanto mas licencioso es, y ciegan las fuentes de toda prosperidad persiguiendo á los mismos que todo lo pudieran hacer en favor suyo.

Este será el modo, el único modo que tienen el gobierno y el sistema que representa, no solo de salvar el país que está próximo á fracasar contra la revolucion, sino de adquirir las simpatías y el apoyo de todos, de convertirse en gobierno y en sistema verdaderamente nacionales, de conquistar en fin la favorable posicion en que podian colocarse despues de la derrota de la faccion moderada y del aislamiento en que ha quedado con este motivo.

La empresa no es imposible, como hemos dado á entender. Un partido tan numeroso, tan robusto, tan aguerrido y á cuya generalidad hacemos la justicia de considerar amiga ya de la consolidacion del órden y del imperio de las leyes, puede mucho contra una fraccion suya escasa, insignificante, indisciplinada y que no aspira mas que

al trastórno y al desórden. Y un gobierno constituido puede asimismo mucho cuando acaba de alcanzar una victoria ganada por sus esfuerzos y la flojedad de sus contrarios, y se propone llevar á efecto un sistema de templanza, de razon y de justicia. Entiéndase que hablamos solo del ente moral llamado gobierno, no de las personas precisamente que puedan componerle; el carácter de estas puede influir mucho en la marcha de aquel, y no incumbe á nuestro propósito el examinar en este momento si los actuales secretarios del despacho son á propósito para gobernar en las circunstancias actuales. Queremos decir únicamente que un ministerio cualquiera que llene las condiciones naturales de vida y de porvenir de la opinion exaltada propiamente dicha y segun está ahora organizada, se encuentra en una posicion favorable para seguir el rumbo que á nuestro parecer le conviene en propio provecho adoptar. Si los ministros actuales no supiesen sacar fruto de esa posicion, tanto peor para ellos. Por lo demas, la opinion exaltada y su gobierno, cualquiera que sea, pueden contar con el auxilio de todos los hombres independientes para realizar el plan simultáneo de moderacion y rigor que les aconsejamos, moderacion con los vencidos, rigor con los anarquistas; y para lo mismo podrian contar con el nuestro; si algo valiera por ventura.

Volvemos á repetir que tenemos confianza en que los exaltados y su gobierno realicen efectivamente ese plan. Si alguna duda nos queda, preferimos ahogarla en nosotros mismos para entregarnos á la esperanza de que se desvanecerán ya las mentiras y empezarán las verdades, de que terminarán las persecuciones y reinarán las leyes, de que dejen de ser hombres de pasion y de egoismo para pensar en el país y en su bienestar. Mas que en nadie confiamos en el antiguo general que resta-

bleció con tanto éxito la disciplina en las desmoralizadas tropas castigando á los cuerpos criminales y que ahora podría restablecer con igual dicha el orden en la nacion entera haciendo lo mismo con los autores y cómplices de los horrores cometidos en las ciudades trabajadas por la anarquía. Tal vez confiamos en valde; acaso nuestra esperanza es una de esas ilusiones que con tanta frecuencia tienen los hombres de bien; pero si así fuese, anunciamos desde luego que haremos la mas cruda oposicion al partido dominante y á su gobierno, no ya en sus principios y en sus ideas, sino en sus actos y en sus individuos, considerándolos como enemigos jurados del bien público y del orden social á quienes es lícito derribar por cualquier medio que no sea ostensible y moralmente malo; no invocaremos nunca la guerra civil y

la intervencion extranjera, eso nunca; pero no sabemos si podremos contenernos en los límites prudentes y circunspectos de la oposicion constitucional. Sin abandonar por eso la enseñanza del progreso, porque esta es una de aquellas ideas establecidas ya irrevocablemente en nosotros por la certidumbre que las acompaña, y á que no haremos traicion en ningun tiempo, por grande que sea el abuso que de ellas veamos hacer, empeñaremos un combate á muerte con nuestras escasas fuerzas contra un sistema que tendremos el derecho de llamar traidor á su país é incompatible con toda sociedad organizada. Entre tanto suspendemos todo ataque y toda oposicion. Aguardamos los hechos para juzgar y obrar en su consecuencia (1).

C. C.

(1) Escrito ya el artículo anterior, hemos visto en la *Gaceta* que los comandantes de la benemerita M. N. de Madrid han representado al Regente del Reino pidiendo el castigo de los atentados de Valencia y Barcelona. El general Van-Halen por su parte hostiga de cerca á la capital del principado de Cataluña, y á mayor abundamiento marcha allí, segun parece, el general Seoane á poner en orden á los sediciosos. Nosotros pensamos que esto no basta todavía; pero ya es algo al cabo, y nos inspira la confianza de que nuestros votos serán en su mayor parte cumplidos. ¡Dios lo haga!

Sobre el porvenir de la Filosofía.

ART. I.

Por mas que se diga lo contrario, por mas que lo rechacen los observadores superficiales y acostumbrados á no penetrar mas que en la corteza de las cosas, es un hecho certísimo y fuera de toda duda, que las sociedades en que estiende mayormente su influjo la civilizacion moderna, carecen de un dogma fundamental religioso que sirva de alimento á su fé y de base á sus creencias. Los que, acostumbrados á no comprender el espíritu íntimo de las religiones y el verdadero carácter que las distingue, piensan que una creencia vaga y reducida, que un culto material y sin significacion ya, que una série de fórmulas cuyo sentido se ignora, equivalen á aquellas y ocupan desde luego su lugar, podrán juzgar que la Europa posee una en el cristianismo bajo sus diferentes formas católica, griega ó protestante; pero aquellos que necesitan que una creencia esté mas explicitamente determinada, que no se contenten con el símbolo, si no con la idea de que es la espresion, que quieran que sus principios todos vivan muy impregnados en el espíritu de las masas; esos no inferirán que exista una religion para las naciones modernas porque en ciertas épocas de su vida, mas ó menos distantes entre sí, en sus postreros momentos tal vez, la mayor parte, no todos, de los hombres se vuelvan naturalmente á ella y se refugien en sus brazos por un resto mas bien del hábito y del terror religioso depositados naturalmente en la humanidad que por un movimiento de verdadera devocion y apego á la creencia de nuestros padres. Seguramente no faltan catecismos en todas partes en que se halla espuesta la doc-

trina cristiana con mas ó menos extension; todos en la niñez la aprenden y recitan con interés; pero ¿quién se acuerda á los veinte años de lo que aprendió á los cinco? ¿quién, sobre todo, se gobierna en su vida por las máximas y principios religiosos que le inculcaron en su tierna edad? Si así fuese, no tendríamos que llorar la inmoralidad que universalmente mina á la sociedad así en el orden político como en la esfera individual, y la espantosa disolucion que esta inmoralidad produce. La moral del evangelio es harto pura y sublime para haber producido tan desastrosas consecuencias, y solo á su olvido pueden atribuirse tales síntomas; pero este mismo olvido causa una decadencia profunda en la fé que así se vé desconocida, porque siendo la moral la parte mas importante de las religiones, aquella particularmente que mas al hombre interesa, cuando este le abandona y prescinde de ella, es un signo infalible de que todo el sistema ejerce ya poca influencia en su ánimo y que está en víspera de perder toda fuerza con él, si es que no la ha completamente perdido: sus verdades metafísicas y cosmológicas hallan tan incrédula su fé, como sus preceptos y consejos encuentran frio su corazon; todas las facultades humanas estan unidas por una relacion íntima para el dogma religioso, y no es posible que la inteligencia continúe mostrándose satisfecha cuando no se contenta ya el sentimiento y no se presta á obedecer la voluntad. Verdad es que subsisten todavía, y al parecer florecientes, las cate-drales del catolicismo, las capillas protestantes y los templos de la iglesia griega; pero todos esos monumentos del cul-

to cristiano no atestiguan mas que su grandeza pasada y su decadencia presente. También tenia en pie sus altares el paganismo greco romano cuando mas amagada estaba su existencia por la irrupcion del cristianismo, y las conquistas de Roma le abrian al parecer el camino de la dominacion universal. Y en cuanto al simbolo mismo cristiano que la iglesia invoca y repiten con ella todos los fieles, ¿cuál de ellos no se encoge de hombros al oír los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion? ¿Qué individuo de su grey es capaz de apreciar las consecuencias morales y religiosas que envuelven estas dos espresiones? ¿Qué miembro escogido de ella sospecha que en esos dos magníficos dogmas se encierran las dos leyes fundamentales de lo infinito y de lo finito, de Dios y de la creacion? Póngase á un lado la parte mas ignorante y grosera de las masas, aquella que nunca ha tenido otra religion que un culto tosco, fanático y desnudo de todo sentimiento moral, y dígame francamente si en las demas clases sociales no se ha introducido de lleno el escepticismo y héchose lugar la desmoralizacion, invadiendo el uno todas las ideas y opiniones; y adulterando la otra todas las acciones; y si con tales síntomas es compatible el sentimiento religioso.

Y esta falta de religion que hemos dicho se observa en los naciones civilizadas, produce resultados mas hondos de lo que á primera vista puede parecer. El ateismo, destruyendo los vínculos que nos unian con el principio de toda santidad y de toda ley, no solo destruye radicalmente las ideas de bondad y de obligacion, sino que atacando al mismo tiempo la base de toda verdad y de toda belleza, ciega desde luego las fuentes verdaderas de la ciencia y del arte. De aqui resulta que los hombres no solo no son honrados y justos en su conducta bajo la influencia esclusiva de la virtud

y del deber, sino que los sábios no aciertan á ponerse acordes sobre las leyes principales de las ciencias que cultivan partiendo de un criterio fijo, ni los artistas sentir grandes y sublimes inspiraciones en el arte á que se consagran bajo el poder de un mismo sentimiento. En una sociedad atea la única regla posible de las acciones individuales ó públicas es la pasion ó el interés, las ciencias estan reducidas á ser simples colecciones de hechos no ligados entre si por síntesis, ni trabazon alguna; y las artes tienen que convertirse en medio de satisfacer caprichos y vanas fantasías: nada hay grande, nada hay fijo, nada hay magnánimo en una nacion irreligiosa. La razon es obvia. Perdido para el hombre el conducto porque se impregna su alma de todas las ideas elevadas, de todos los principios sólidos y de todas las cosas fecundas, queda entregado á si propio y á su ruin y miserable naturaleza. Los apetitos le mandan, las incertidumbres le asedian, y los sentidos le acosan. Véase por que en épocas semejantes todo es error, todo duda, todo extravío en el seno de la sociedad civil, política, científica y estética, á imitacion de lo que pasa en la sociedad religiosa de que cada una de ellas es un reflejo parcial.

Si algunos creen que exageramos en deducir consecuencias tan trascendentes de la simple falta de una religion, y esto porque les parezca que la actividad humana está al parecer distraida de ella en muchas de las esferas á que puede alcanzar, les diremos que ese apartamiento de los hombres de las cosas religiosas no es mas que aparente, y que todo cuanto pueden sentir, obrar, pensar ó decir de verdadero y de profundo, se refiere mas ó menos directamente á Dios de quien todo emana y en quien todo tiene su fundamento; que es el centro de que todo se desprende y á que todo aspira; y que si el principio de

Newton explica el mecanismo del mundo segun le concebía la ciencia de su tiempo, la religion espone el sistema del universo físico y moral tal como los comprende tambien en un tiempo dado la humanidad. Definiendo simplemente á la religion como el conjunto de los vínculos que deben unir al hombre con el Ser Supremo, considerado como providencia divina, habránse de conocer por ella forzosamente los que le unen con él bajo los demás aspectos, para deducir así el culto y adoracion que se deba tributarle; y como el hombre forma además parte integrante de la creacion, el dogma religioso contendrá tambien implicitamente las relaciones del Criador con la criatura en general, de donde es fácil concluir aquellas que guardan estas entre sí y las leyes que las gobiernan. Por esto todas las religiones comprenden siempre no solo una doctrina religiosa propiamente dicha, sino una doctrina moral, una doctrina política, y una doctrina cosmológica, mas ó menos esplicitas, mas ó menos desenvueltas, segun el grado de importancia que sus fundadores les han querido dar ó la atencion que han deseado llamar sobre ellas; siendo tal la conexion lógica de todas estas doctrinas entre sí que, dada la una, es posible construir la otra en virtud de los datos conocidos ya, por poco consecuentes y sistemáticas que sean en sí mismas dichas religiones. De todas maneras siempre es cierto que el espíritu de la religion dominante influye altamente sobre los varios puntos de vista bajo que se puedan mirar las ciencias sociales, morales y físicas, de donde sacamos las diferentes reglas y principios de conducta con que nos gobernamos en todas las fases de la vida y en cualquier terreno á que traslademos nuestra virtualidad y nuestra energía. Si alguna duda queda de esto que vamos diciendo, que se vuelva la vista hácia lo que pasa en nues-

tro país y en todos los demás que pretenden con motivo poseer una civilizacion mas adelantada. Tratemos de explicar esa conflagracion de ideas, ese desenfreno de sentimientos, esa inmoralidad de las acciones que en todos ellos se advierte, y encontraremos que la escasez y el descrédito de las creencias religiosas es lo único que puede explicar una situacion moral tan triste y desconsoladora. En vano nos afanamos en procurar cada cual el triunfo de nuestras ideas favoritas tanto en política como en todas las cosas; en vano trabajamos por sentir inspiraciones mas armónicas y simpáticas que destruyan nuestros odios y enemistades; inútil es que nos cansemos en predicar la virtud y la honradez que tanta falta hacen para recobrar la confianza perdida en el vigor y progreso de la humanidad, la falta de religion nos conduce á agitarnos en un laberinto sin fin, á recorrer un círculo continuo de que no es posible salida.

Pero la sociedad no puede vivir de este modo. La lucha se va agriando cada vez mas, no solo en el orden social y político, sino tambien en el campo científico y en el mundo del arte. En ninguno de ellos trasciende una idea nueva que aumente las fuerzas de uno de los bandos que combaten; en ninguno se alza un sentimiento capaz de atraer á si mayor número de clientes; en ninguno de ellos se hace otra cosa que reproducir lo ya sabido, tomándose cuando mas la molestia de vestirlo de nuevos colores. Copiar, repetir, renovar, hé aqui el papel que estan haciendo en este momento la política, las ciencias y las artes, fuera de algun descubrimiento ó principio aislado que ponen de vez en cuando en luz y que poco ó nada puede influir sobre la marcha y direccion de ellas. Monarquia ó democracia; sistema atomístico ó sistema dinámico; idealismo ó realidad; tal es el tema forzoso en que se ocupan todas y fue-

ra del que no aciertan á moverse. Ni una idea conciliadora, ni una palabra de paz, ni un punto de contacto, ni un vínculo de union. La disputa se arrecia, el combate se ensaña, y no se echa de ver el término que tolo esto tendrá. A pesar de la confianza grande que tenemos en la ley del progreso, como pensamos por otra parte que la humanidad concurre á él en cierto grado de espontaneidad voluntaria y libre, no estrañáramos que la civilizacion entera retrogradase un paso si no encuentra arbitrio para vencer el terrible obstáculo que contiene su marcha. Es preciso, pues, buscar una salida de ese laberinto en que está empeñada y arrancarla del círculo vicioso en que gira y giraría sin fin. Esa salida, ese empuje solo pueden hallarse en la causa misma que engendra tan tristísima situacion; y como la falta de un dogma religioso es el origen de todo el mal, la restauracion del dogma religioso motivará todo el bien y será el medio que deba emplearse para remediar aquel.

La religion: hé aquí el puerto de salud de las sociedades modernas. Su renacimiento es lo que las ayudará únicamente á salir de su mal estar, del mismo modo que su desaparicion era lo que precisamente le producía. Ese renacimiento no se reducirá sin embargo á una simple restauracion, sino que será el alumbramiento de una creencia enteramente nueva que, aunque derivada de un modo legítimo y natural de la antigua, será una expresion mas completa de las ideas de la humanidad acerca de Dios, de ella misma y del universo, y una religion mas perfecta por consiguiente que todas las anteriores. Siendo en efecto el progreso una ley universal de la creacion, es preciso que, cuando hay algun movimiento ó desarrollo en las ideas humanas se verifique en progresion ascendente para que ese movimiento ó

desarrollo sea en el sentido del bien y por lo tanto legítimo. Asi pues no será el cristianismo el que renazca, sino otra religion mas completa y acabada que el cristianismo, lo mismo que el lo fué á su vez mas que el paganismo que le precedió, sin cuya condicion no hubiera seguramente triunfado. Por lo demas, el renacimiento tendrá que ser fatal y necesario, como ya hemos dicho, si la humanidad no ha de perecer y la civilizacion sucumbir.

Ahora bien, necesario es determinar la forma de que se revestirá esa religion nueva, y el modo de su propagacion. ¿Estamos destinados á ver un nuevo Mesías imponiendo su doctrina en nombre solo de la fé y sancionándola por los milagros, como ha sucedido con casi todas las religiones? ¿Llegará á estenderse universalmente en su esencia íntima por las masas como el cristianismo, ó se refugiará solo en el seno de ciertos adeptos escogidos que, comprendiendo verdaderamente su espíritu, la apliquen á la resolucíon de todas las cuestiones sociales como ocurrió con el politeísmo, dejando á las primeras lo supersticioso del culto y lo material de la adoracion? Tocante á lo primero, parece seguro que, atendidos los adelantos de la civilizacion y la robustez del espíritu humano, tendrá que dirigirse mas bien á la inteligencia que á la credulidad, á la cabeza antes que al sentimiento, y formularse mejor en ciencia que en religion. La religion y la ciencia no son en realidad mas que una sola y misma cosa bajo dos diferentes puntos de vista: entre ellas no hay mas diferencia que los resultados de la una se esponen por via de lógica y de razon, y los de la otra por via de autoridad y de fé. La religion es la ciencia del vulgo, como la ciencia es la religion del sábio, y esto explica porque la una necesita traducirse por la otra segun las circunstancias especiales de

la humanidad que ahora son, como hemos manifestado, mas favorables á la ciencia que á la religion. Relativamente al segundo punto, la marcha ascendente de las naciones civilizadas está ya bastante adelantada para distinguirlas en castas ó fracciones mas ó menos legítimas, y el principio de la igualdad que cada dia penetra mas hondamente en el corazon del pueblo se opone á que no se ejerza ya monopolio ni privilegio de ninguna clase mas que por aquellas inteligencias elevadas á quienes siempre corresponden naturalmente los del saber y del genio. De modo que por una parte la religion futura, tan necesaria, tan indispensable para remediar las angustias presentes, tendrá que formularse en ciencia, y por otra esta ciencia deberá estar al alcance de todos.

¿Cuál será pues esa ciencia? ¿Cuál será entre las conocidas, ó si no entre las posibles, aquella que reuna la doble condicion de ser la equivalente de la religion y capaz de impregnarse en la inteligencia general? Evidentemente no puede ser otra que la FILOSOFIA. Efectivamente, la Filosofia es la ciencia de las leyes generales que rigen á Dios, al hombre y al universo, considerados en sí y en sus relaciones reciprocas; de donde se sigue que forzosamente habrá de ocuparse no solo de los vínculos que nos unen con la divinidad, sino tambien de aquellos que la unen con el mundo en general y á éste con nosotros mismos y de las consecuencias prácticas que todos esos vínculos para el hombre engendren, comprendiendo explicitamente todo aquello que la religion contiene solo implicitamente, y siendo por lo tanto mas acabada y cumplida que ella hasta cierto punto. Y luego la filosofia es siempre un estudio de raciocinio y de comprension, y capaz á causa de eso mismo de ser emprendido por cualquiera, ya se proceda en el por análisis, observando los hechos particulares, y re-

montándose desde ellos al hecho general y culminante que los esplica y resume todos, ya se proceda por síntesis estableciendo este último como hipótesis primitiva y fundamental, descendiendo luego á esplicar por ella los resultados mas comunes é individuales de la observacion cotidiana. Tales son los caracteres que hacen de la Filosofia la ciencia propia á sustituir á la religion en la alta mision de regenerar á la sociedad.

Ninguna mas que ella pudiera desempeñar este objeto. Todas las demas son aisladas é individuales, y en último resultado vienen á resumirse en la Filosofia. Moral, política, economía social, cuantas ciencias se enlazan directa ó indirectamente con la organizacion de las sociedades, se fundan en ella, y de ella derivan sus principios fundamentales. El principio de lo bueno ó de lo malo, el de lo justo ó injusto, el conocimiento de los destinos de la humanidad y de los medios de realizarlos, el fin de toda actividad particular ó comun, se deduce siempre de las leyes particulares que gobiernan al hombre y al género humano en las relaciones que guardan con el Criador y la creacion entera. Lo mismo puede decirse de las ciencias matemáticas, físicas, naturales y de todas aquellas en general que tengan por objeto el saber propiamente dicho y se refieran á nuestras facultades intelectuales, y no á nuestras facultades activas. A la Filosofia, en una palabra, le corresponde ocupar el trono vacante de la religion y erigirse como ella en reina de las naciones.

Hé aquí tambien por que ninguna de las ciencias conocidas tiene delante de sí un porvenir tan inmenso y tan seguro, ni está destinada á pasar por un desarrollo tan vasto. Su importancia es tan palmaria que es escusado que nos detengamos á manifestar que debe ser siempre el objeto de la primera enseñanza, como lo ha sido has-

ta aquí la religion, al menos en sus resultados prácticos mas fundamentales. Solo despues de impregnados éstos en el espíritu universal es cuando es permitido abrigar esperanzas de que cese la lucha moral que hoy trabaja á los pueblos civilizados y que amenaza acabar con su existencia y su civilizacion. Esta obra, como se ve, será lenta; pero afortunadamente es menos remota la época de que todas las inteligencias superiores comprendan su necesidad y puedan consagrarse á constituir los gobiernos bajo condiciones mas favorables al sosiego y á la concordia de los partidos políticos, y esto es un gran paso en favor de la pacificación universal. Las otras luchas no ofrecen tanto cuidado.

Lo que urge sobre todo es la restauracion moral de las costumbres públicas y privadas, es decir, hacer que las acciones humanas sigan otros móviles y se gobiernen por otros principios que no sean los que solo pueden producir el escándalo de las unas y el desenfreno de las otras. Cuando, como ahora sucede, no se reconoce mas norte para conducirse en la vida que la conveniencia y el propio interés, es menester prepararse para encontrar funestísimos resultados en todas las cosas. Ya hemos visto en otra parte los que producian máximas semejantes en la esfera de la política; creamos que no son mejores los que ocasionan en cualquier terreno en que obre su accion disolvente. Una sociedad compuesta de individuos que solo tengan por vínculos de union su egoismo y utilidad, está espuesta á disolverse al menor embate de ese mismo egoismo y utilidad; lo que puede parecer conveniente y ventajoso hoy, puede dejar de parecerlo mañana, y no hay garantías de estabilidad para una sociedad semejante. Lo propio podemos decir de otra asociacion cualquiera política, civil ó religiosa. La union de hombres asociados únicamente por el inte-

rés no es una alianza entre individualidades contrarias, es una guerra sor-da, lenta é incesante; y que para estallar estrepitosamente solo necesita ocasion. Renuévase la moral pues de los pueblos, inspíreseles principios mas sanos de conducta, incúlquenseles ideas mas puras de gobernarse, y se tendrán ya echados los cimientos, los solo posibles cimientos, del edificio de su completa regeneracion. Y aquí es donde campeara principalmente la preeminencia de la Filosofia sobre la Religion. Esta por su espíritu y carácter propio no ha dado ni podido dar á la moral otro fundamento que la sancion puramente religiosa, á saber, el temor de las penas de esta ó de la otra vida, impuestas por la justa cólera de un Dios ofendido. La Filosofia, por el contrario, impondrá sus preceptos y máximas morales en nombre nada mas que de la estricta obligacion que envuelve su observancia, y lejos de apoyarse en ninguna de las pasiones humanas, buscará su principio en el sentimiento puro y santo del deber, salvo el no desechar la idea de una sancion religiosa para aquellos en cuyo corazon no tenga entrada ese sentimiento.

Lo dicho basta para comprender cuanto debe ser la influencia que en lo sucesivo debe tener la Filosofia, y que, segun lo manifestado, debe ser la misma, sino mayor que la que la Religion ha tenido. Falta ahora saber si está ya constituida como ciencia, ó á lo menos si es posible organizarla de modo que corresponda ámplia y cumplidamente á su objeto de servir de guia y de blandon á todas las ciencias teóricas y sociales. Existen á la verdad diferentes filosofías ó sean diversos sistemas acerca del modo de concebir el sistema de leyes con que se gobiernan Dios, el hombre y el universo; pero no es fácil decir cual es el verdadero, ó mostrando mayor modestia, cual parece mas verdadero y acomodado á la realidad de las cosas. No se crea sin

embargo que esta abundancia de sistemas perjudique á la Filosofía ; tambien han existido y existen varias religiones, y lo único que sucede es que cada una se da por la sola revelada cuya espresion, trasladada al idioma filosófico de la lengua religiosa , no quiere decir mas sino que es la sola conforme á la verdad. Pero siempre es cierto que

habrá que ocuparse detenidamente en buscar cual será la filosofía que debe llenar una condicion análoga respondiendo mejor á las exigencias de la razon, é inquirir su carácter y su fisonomía particular. Esto será objeto de ulteriores artículos.

De las tendencias federalistas de España.

Los acontecimientos que están pasando hoy en algunas ciudades de España, además de ser un escándalo inaudito en la escandalosa historia contemporánea, son doblemente alarmantes cuando se piensa en el espíritu que de secreto los inspira, en la tendencia que particularmente los distingue y en la gravedad que pueden adquirir algún día, si momentáneamente sufocados no se aplica el remedio oportuno para que jamás vuelvan á reproducirse, destruyendo las causas que los engendran y las circunstancias favorables que los vivifican. No hay duda: un vértigo revolucionario, un frenesí de trastorno y de disolución social ha producido seguramente esos actos desastrosos que hoy causan la ansiedad pública y sobre los cuales se clama universalmente que debe recaer toda la severidad de las leyes y del gobierno encargado de aplicarlas; pero á encender esas pasiones inmundas, á exaltar esos ánimos feroces, á producir esos síntomas vandálicos, ha contribuido acaso mas todavía un hecho oculto y nada aparente, pero robusto y eficaz todavía, y sin cuyo influjo es posible que las pasiones no hubieran estallado, ni los ánimos encendiéndose, ni las cosas llegando al extremo en que ahora se encuentran, como ha sucedido en otras provincias de España en que, existiendo acaso tambien ese hecho, es poco pronunciado y casi nulo, y no ha producido así efectos de gran trascendencia, aunque se hayan visto trabajadas por los mismos elementos disolventes que las de Cataluña y Valencia. De otra manera seria desde luego inexplicable una parte de esos acontecimientos, aquellos que han sido el pretexto de todos los excesos y dado origen á todas las violencias y atrocidades cometidas, la demolición de las ciudades.

Nótese antes de todo cuan dispuestas

y solícitas se han mostrado las dos capitales sublevadas para erigir en su seno verdaderas juntas de gobierno, llamadas de vigilancia, que, traspasando con escándalo el círculo de sus atribuciones, si algunas tenían, han empezado á ejercer por sí la soberanía y usurpar las mas fundamentales prerogativas de los altos poderes públicos, imponiendo multas, aboliendo impuestos, ejerciendo funciones judiciales, y tomando en fin medidas de la mayor importancia para la seguridad y la independencia de España; adviértase cuan en relacion está semejante conducta con la que han observado en otras ocasiones y con el carácter que siempre las ha distinguido; repárese cuanta inclinación de su parte supone todo esto á aislarse del resto del país, á prescindir de los vínculos que á él le unen, á emanciparse, en fin, del yugo de la acción central y de las autoridades nacionales; y se comprenderá que la verdadera causa del mal, que el origen de todo el desorden, que el principio de toda la sedición no está precisamente en el elemento revolucionario que, aun no está bastante robusto para acarrear resultados de tan fatal trascendencia, sino en ese espíritu de provincialismo, en esa aspiración hacia la independencia de que han participado siempre los antiguos reinos españoles desde su reunión á la monarquía de Castilla, y que el tiempo no ha podido borrar aun.

No hay que hacerse ilusiones sobre este punto. Si el funesto vértigo de revolución y de anarquía que persigue de algunos años á esta parte á la nación española es una de las causas fundamentales y directas de los movimientos de que nos ocupamos, preciso es confesar que el instinto provincial ha contribuido principalmente á desarrollar esas causas y encender el fuego que lo ha puesto todo en combustion. De otra

manera sería inexplicable la tendencia marcada de todos los motines y sediciones contemporáneas á aliojar los lazos que unen á las provincias con la nación, y á despertar en su seno envejecidas ideas de federalismo, recuerdos de añeja organización municipal que no era natural se invocasen si en los anarquistas estuviese más vivo el sentimiento del amor pátrio y de los principios revolucionarios modernos. Compárense las manifestaciones de todas las juntas de gobierno erigidas tumultariamente en nuestro país con los actos y declaraciones de los *comités* de salud pública de la revolución francesa; y se encontrará una inmensa diferencia entre el espíritu y el carácter que distinguió á estos últimos de los que forman la fisonomía de las primeras. No es la libertad lo que ellas invocan, son la franquicia y la independencia feudales; no es la España toda lo que llama particularmente su atención, es su provincia ante todo, y nada más que su provincia; no tienen fija la vista en el porvenir, sino que la vuelven enteramente hácia lo pasado; aunque afecten hablar el idioma liberal moderno y defender los principios democráticos del siglo XVIII. Por lo demás, en una sola cosa se parecen los pronunciados españoles de nuestros días y los revolucionarios franceses de la época de 93, en cometer todos los escésos y violencias de que son capaces las pasiones populares desencadenadas; su diferencia fundamental está en los secretos móviles que las han levantando: los unos obraban impelidos por un espíritu innovador y profundamente nacional y humanitario; los otros se mueven agitados por un impulso reaccionario en su principio, y las tendencias de un provincialismo estrecho y egoísta ocupan el lugar de los generosos instintos que caracterizaron á la revolución francesa. Hé aquí porque esta última aparecerá siempre grande y resplandeciente á los ojos de la posteridad, no obstante las atrocidades que la mancharon, y nuestros alzamientos tendrán siempre para ella un aire raquítico y miserable que descubrirá su verdadero origen. En vano nuestros pretendidos re-

volucionarios procuran revestirse de las doctrinas é ideas que estuvieron más en boga en 93; su obra artificial no pasará nunca de ser una triste farsa, y de ella no quedará más que la memoria de los crímenes cometidos en su nombre.

A los que duden de la verdad de lo que estamos diciendo, les rogamos que lean atentamente las alocuciones incendiarias de la junta de vigilancia de Barcelona, y nos digan después si, al través de ciertas fórmulas consagradas del lenguaje revolucionario cuyo carácter exótico contrasta notablemente con la totalidad de lo demás, se descubre más que el orgullo de los ofendidos catalanes que aun no han perdonado á la nación española su amalgamiento mal consentido con el cuerpo entero de la monarquía. Dígase si otra cosa más que el espíritu puramente local puede haber inspirado la demolición de la ciudadela, anunciada en términos que se descubre ostensiblemente cual es la causa de la exaltación de los ánimos del pueblo de Barcelona y el origen de todo su frenesí. La sombra de Felipe IV que pesa todavía sobre aquella población siempre rebelde, es bastante poderosa para después de siglo y medio inspirarles un terror pánico é invencible; y cuando han tenido en sus manos el alcázar que fué su obra, se han ocupado inmediatamente de echarlo por el suelo so color de que podía ser instrumento de tiranía, y en realidad por destruir el signo de la preeminencia de Castilla, el símbolo de la unidad nacional á que se han resignado con impaciencia. ¿No le llaman á ese alcázar padron de infamia de Barcelona? En el año 1841, planteada ya la cuestión política en un terreno enteramente nuevo por los acontecimientos de la revolución de Francia, después de los progresos que han hecho en nuestros días los intereses sociales, ¿cómo era posible se resucitasen recuerdos en tan poca armonía con el espíritu de la situación presente y la tendencia general de las sociedades contemporáneas, si no con la intención más ó menos encubierta de volver atrás, rejuveneciendo ideas y principios

mueritos? ¿Cómo se invocarian los odios y las venganzas de la Cataluña del siglo XIX en favor de la Cataluña del siglo XVII si no en el objeto mas ó menos remoto de saltar dos siglos y enlazarlas directamente entre si? Que otra idea que la esperanza de una emancipacion de la causa española puede sugerir esas manifestaciones imprudentes y anti-nacionales en que se proponen como modelos de libertad y de independencia los tiempos en que aquella provincia sostenia una terca rebellion con el poder central é iba á entregarse por rencor al yugo del extranjero (1)?

Se ha osado comparar en Barcelona la ocupacion y proyectada ruina de su ciudadela á la toma y demolicion de la Bastilla de Paris, gloriosa conquista de los patriotas de 1789; pero, ¿cuánta es la diferencia que va de uno á otro acontecimiento! La fortaleza parisiense fué leal y heroicamente ganada por el pueblo, que presentó al descubierto sus pechos á los fuegos enemigos y pagó con su sangre la victoria; al paso que el alcazar barcelonés ha sido ocupado cobardemente y á traicion, aprovechando los momentos de ahogo en que las tropas que le guarnecian tuvieron que salir á defender las instituciones públi-

cas amenazadas, y la libertad comprometida; la una representaba el principio señorial y todas las monstruosidades del antiguo régimen, el otro era la imagen de la monarquía y de la unidad española; con la una cayó el antiguo feudalismo para dar lugar á la era verdaderamente moderna; con el otro ha venido ó vendrá á tierra la creacion nacional, la obra por tanto de espíritu nuevo para dar latitud á la independencia provincial, es decir, al feudalismo bajo una de sus formas necesarias. Si la destruccion de la una fué pues una empresa esclusivamente revolucionaria en toda la fuerza y verdad de la expresion, la caída del otro será, si se lleva á cumplido efecto un trabajo puramente contrarevolucionario en toda la exactitud tambien y en todo el rigor de la expresion. La hazaña francesa, derrocando el baluarte de los antiguos tiempos, inauguraba la época moderna y era un paso hácia adelante; la intencion catalana, aniquilando el monumento de los tiempos nuevos, cierra la puerta al porvenir, pretende volver hácia lo pasado, y es un verdadero retroceso.

No, no es la libertad de nuestros dias, no es el sistema constitucional, no es la nacion española la que resultará vencedora en Barcelona, si la sedicion llega á triunfar y sale adelante con su empeño; será el privilegio municipal, la república federativa, el provincialismo catalan los que quedarán airosos y dominantes. Los sediciosos de Cataluña no hacen una obra revolucionaria en el sentido de que el objeto de ella sea la realizacion concienzuda de los principios reconocidos tales en los tiempos modernos, por mas que haga un uso superabundante de las palabras patria, libertad y soberanía del pueblo. Esa patria la rechazan para Cataluña; esa libertad no la conciben fuera de Cataluña; y esa soberanía solo á Cataluña la reconocen. La España no significa nada para los barceloneses; la independencia de nuestro pais es lo que menos les preocupa, los poderes creados por un movimiento que han reconocido como altamente po-

(1) ¿Queremos tener un ejemplo palmario de lo que aqui afirmamos, y que el espíritu exclusivamente catalan es quien hace en todo esto el principal papel? Pues hele aqui. Un periódico de esta corte, conocido por su templanza y moderacion nunca desmentidas, y lo solicito que se ha mostrado siempre en la defensa de las buenas doctrinas, ha salido, y solo él únicamente, á hacer la apologia de la demolicion de la ciudadela que dice le causa la mayor satisfaccion, contentándose pro formula con reprobar simplemente el modo, y añadiendo que este fuerte era un monumento de ignominia para Barcelona con las demas vulgaridades de la fraseologia de la junta de vigilancia, indignas de tomarse en boca por un órgano de los verdaderos intereses sociales. Estas inconsecuencias no podrá menos de causar estraneza á cuantos no sepan el origen de ello. El origen es el siguiente: los redactores del mencionado periódico son catalanes, como ellos mismos lo declaran.

pular, suponen poco para ellos. Todo se encierra en estas palabras. «Abajo la ciudadela, oprobio de Barcelona.» Los escesos que cometen, las atrocidades que intentan, la disolucion social que por todos los medios provocan, son mas bien consecuencia de las pasiones exaltadas por el vértigo provincial que hijas del carácter propiamente revolucionario del movimiento. Y hé aqui porque, dejando enteramente de lado la cuestion politica, la junta de vigilancia en su proclama del 5, llama á las armas á todos los catalanes sin distincion de colores, invocando el auxilio hasta de los moderados, de los mismos que han sido víctimas de sus escandalosos atropellos, y exhortando á la union entre todos. Esto que parece tan extraño á primera vista, si la cuestion fuese lo que parece ser, se explica facilisimamente con solo tener presente que la cuestion es catalana, puramente catalana, y de ninguna manera politica, ó por lo menos que ésta está enteramente subordinada á aquella.

Lo propio pudiéramos decir del movimiento de Valencia y de las disposiciones hostiles de otras ciudades, aunque en tales puntos parece haber predominado mucho mas el elemento anárquico y desorganizador que el espíritu propiamente provincial. Sin embargo, es un hecho que este ha contribuido no poco á la exaltacion de las pasiones politicas en esas partes, como ha sucedido siempre que ellas se han llegado á agitar y encenderse por un motivo cualquiera.

La mayor parte de las revoluciones y alzamientos tan numerosos de la España del siglo presente, no pueden ser jamas bien comprendidos en su espíritu y su carácter, sin tener en cuenta la tendencia marcada de nuestras provincias á emanciparse de la metrópoli y formar centros particulares é independientes en virtud de los hábitos de los siglos pasados que todavia no han perdido. En el provincialismo está la causa de muchos acontecimientos, favorables unos, desastrosos casi los mas, porque ha pasado nuestro desventura-

do pais de cuarenta años acá. Desde los sucesos del año 8 que tanto cooperaron á defender nuestra nacionalidad hasta los movimientos de la Granja y setiembre que han influido no menos en el descrédito y ruina del sistema constitucional, el aislamiento de las provincias, su independencia unas de otras, el federalismo politico, en fin, es lo que ha inspirado todo cuanto se ha pensado, todo cuanto se ha hecho, todo cuanto se ha querido hacer: jamas han faltado juntas que fraccionasen el poder y, erigiéndose en soberanas, obrasen como mejor les ha parecido en el circulo de todas las atribuciones. Puede decirse seguramente que España no ha existido para ellas, y que fuera de la unidad de causa que mancomunadamente defendian, mas de nombre que de realidad, casi siempre no han hecho mas que el negocio de la provincia particular que las habia nombrado. Un sistema politico y central parecia ser su primera bandera; un gérmen revolucionario era en la apariencia el origen de todo; pero los intereses que verdaderamente defendian eran otros, y otros los móviles que las hacian obrar. La independencia nacional y la libertad politica del pais no hubieran encontrado eco en nuestras provincias, si ante todo no hubieran tenido que defender su existencia individual y sus franquicias particulares; y el instinto anárquico moderno no las habria encontrado dispuestas á no encontrar un poderoso auxiliar en ese otro sentimiento anárquico de federalismo que existia en ellas fuerte y vigoroso todavia. La razon es fácil de comprender. La unidad de la monarquía española ha sido siempre bastante débil, porque no ha tenido tiempo de acabarse de robustecer; las ideas liberales modernas no han sido preparadas en ella por un vasto trabajo intelectual que las hiciese populares é indígenas: de esto resultó que cuando los hombres avanzados en ideas de nuestro pais quisieron para alentarle á la resistencia contra Napoleon hablarle de independencia nacional y de principios liberales, le tuvieron un language necesariamente incom-

previsible y que él tradujo por el que, atendidos sus hábitos y tendencias, debía parecerle mas natural: por aislamiento provincial y fueros municipales. Eran las antiguas ideas las que resucitaban á la sombra de las ideas nuevas; era el antiguo espíritu el que hacia revivir en nombre del espíritu nuevo; era una reaccion lo que predicaban como un progreso. Ellos mismos se dejaron arrastrar de la ilusion: parecidos á ciertos moralistas que pretenden que la observacion de la conciencia individual basta para formar un sistema completo de las leyes morales, sin echar de ver que no harán otra cosa que erigir en estas los hechos particulares de la suya, resultando el sistema verdadero ó erróneo, lato ó mezquino, segun el grado de bondad ó de desarrollo de ella; semejantes á estos filósofos, pues, tomaron como libertad y garantías constitucionales los que habian concebido siempre como tales, los que concebía la misma nacion de que eran individuos y en cuyo genio y costumbres estaban empapados. Los hombres de 1812 tanto en la Constitucion que lleva este nombre, como en las leyes orgánicas de administracion, como en todos los alzamientos que han promovido sucesivamente contra el despotismo ó el sistema conservador, han manifestado siempre el mismo espíritu, anunciado las mismas tendencias, é impreso el mismo sello á todos los hechos.

Este es el motivo de que la revolucion española haya andado siempre tan estraviada, tan excéntrica, tan fuera del orden regular y comun; esta la razon de que se haya sido tan poco popular, tan poco simpática, tan poco revolucionaria, por decirlo así. El federalismo que la ha engendrado ante todo en su origen y en sus principales fases, la ha apartado naturalmente del rumbo que habria debido seguir si hubiera sido consecuencia legítima de la revolucion francesa y emanada directamente de sus principios, como se ha querido suponer: la idea egoísta y provincial que ha presidido á ella en primer lugar, la ha privado de toda popularidad verdadera, de toda simpatía profunda, de toda virtua-

lidad progresiva, porque ninguno de estos caracteres puede convenir á un movimiento oligárquico por su naturaleza, individual en su fisonomía y reaccionario en su aspiracion. Así se cometen errores tan groseros cuando se quieren sacar consecuencias favorables á la libertad verdadera y al progreso racional de los alzamientos contemporáneos, especialmente por la prensa liberal francesa que se figura ver en ellos una aplicacion práctica de los sentimientos y principios de la legítima escuela revolucionaria. La anarquía y el desorden son lo único que tendrian de comun con los actos inspirados por ella, y en esto no se apartan en verdad de cualesquiera otros movimientos, motines y sediciones, aristocráticos ó democráticos, populares ó regios, políticos ó sociales.

Seguramente que es un síntoma muy doloroso ver á nuestra nacionalidad tan poco robusta, compacta y homogénea que las tendencias federalistas de nuestras provincias hayan de prevalecer en todas las ocasiones en que las masas populares se agitan y los intereses revolucionarios se despiertan. Su efecto inmediato es que las unas no saben absolutamente donde ir ó van hacia un sistema decididamente malo y funesto para el porvenir de España, y los otros no saben mas que destruir sin edificar. No fué por cierto esto lo que caracterizó á la siempre admirable revolucion francesa, que á la par que destruyó el régimen pasado, echó los cimientos del nuevo orden político y social que empezaba para ella y que hoy felizmente rige. La nuestra solo ha echado por tierra el antiguo estado de cosas para poner en su lugar otro mas antiguo todavia: á esto, á lo menos, encaminan secreta, pero fatalmente, sus pasos en medio de la bataola producida por las necesidades reformistas y el exótico lenguaje en que se formulan; y del mismo modo que la revolucion francesa tuvo sus exageradores políticos que la desvirtuaron é hicieron traspasar sus límites naturales, rompiendo enteramente con la monarquía, es decir, con la institucion mas acomodada al carácter de los tiempos modernos,

y proclamando la república, la revolución española tiene también los suyos que aspiran al mismo resultado y condenan también esa institución que hace concebir esperanzas tan lisonjeras; pero mientras que los primeros se mantuvieron siquiera fieles al espíritu de innovación de que estaban animados, y no renegaron el porvenir en cuyo nombre trabajaban, sosteniendo el principio jacobino ó central y haciendo sucumbir á los jirondinos ó partidarios del federalismo, nuestros *Huracanistas* se apartan de la ley del progreso que no sienten, y retrocediendo hácia lo pasado que los inspira solo, se colocan en la tradición jirondina y predicán el sistema federativo, único principio revolucionario que está en armonía con el espíritu provincial que ha dado origen á nuestra revolución.

Escusado es que entremos por ahora á manifestar las causas que han producido entre nosotros esta fatal tendencia al federalismo, ya aquellas que la han despertado mas fuerte y vigorosa que nunca. No habiéndose incorporado á la monarquía castellana la mayor parte de las provincias de la península por vía de guerra ó de asimilación forzosa, sino por casamientos y transacciones, es decir, por asimilación artificial, la amalgama no fué tan completa, ni tan cabal como hubiera sido menester para que formasen un todo verdaderamente idéntico y uno. Por otra parte, el despotismo ha sido bastante torpe y su influjo sobre la España ha sido bastante desastroso para que no haya que agradecersele la perfección de la obra de la unidad nacional, de la única obra que podía emprender, y para la que estaba llamado providencialmente. El resultado ha sido que cuando se ha tratado de combatir sus excesos y demasías y se invocaron para ello los principios revolucionarios, respondieron solo al llamamiento los sentimientos de provincialismo del país, los que solo podían hacerlo por lo inculto que estaba el terreno para dar otro fruto. Por lo demás, es fácil comprender cuan grande es el error de los progresistas actuales que, no penetrando la necesidad de sacar á

la revolución del errado camino en que está, de aquel que tuvo que tomar necesariamente en su principio, se empeñan cada vez mas en llevarla adelante por una senda estraviada.

Sus atrasadas ideas sobre gobierno, sus principios peregrinos de sistema constitucional, su falsa doctrina de organización municipal y administrativa, su sistema político entero por último, han dado nacimiento á esa teoría federalista republicana que hoy pretenden algunos imponer á la nación, y para lo cual halagan y vivifican continuamente los instintos de provincialismo que en ella se abriga. Los movimientos, las sediciones, los motines que imprudente han promovido en su seno por interés propio y en obsequio de sus monstruosas opiniones, han provocado esos instintos, los han robustecido, los han desarrollado rápida y espantosamente. Los acontecimientos de Barcelona y Valencia, tiempo es ya de decirlo, son la consecuencia directa de la revolución de la Granja y del alzamiento de setiembre, y ahora es cuando puede conocerse lo que estos sucesos han tenido de fatal y de desastroso. Ensalzado el partido exaltado á la dirección de los destinos públicos en virtud de un principio esencialmente anárquico y federalista, no ha podido nunca establecer un gobierno fuerte y una autoridad central. Las provincias han hecho siempre lo que han querido de un poder que se lo debía todo, y bajo el nombre de ayuntamientos, diputaciones provinciales, milicia nacional &c. &c. han mandado en realidad, y los que parecia que mandaban, han obedecido. En lugar de un gobierno, han existido tantos gobiernos como ciudades, pueblos, ó asociaciones influyentes han existido; en vez de un centro de acción, ha habido mil centros particulares, todos soberanos é independientes entre sí; y entre tanto los ministros encargados de gobernar á nombre de la nación han mandado solo en sus oficinas, y la Constitución política fundamental que atribuye la soberanía y el poder supremo á la nación, representada por las Cortes y la Corona,

existia impresa en todas partes, pero nada mas que impresa. ¿Qué ha sucedido recientemente? ¿No ha sido el gobierno el primero á elogiar las juntas de vigilancia?

Si pues queremos que las doctrinas progresistas no acaben de producir todo el mal de que son capaces, y que el federalismo acabe de formularse en teoría universal y acreditada en la masa de la nacion ya tan dispuesta para recibirla, es preciso apresurarse á rectificarlas en sus errores y completarlas en lo que tienen de incompleto; es preciso inspirarse de principios mas compatibles con el verdadero sistema constitucional que la independencia administrativa y la municipal soberanía. Si deseamos que las sediciones y los motines no acaben de anarquizar al país y de causar su ruina, es menester renunciar á ellos para siempre, es menester entrar de hecho en la senda del orden y de la libertad legal. De otra manera el sistema federalista invade enteramente el terreno de nuestra ciencia política, el aislamiento é independencia de las provincias irá siendo cada vez mayor, y la sociedad española se disuelve sin remedio. Porque prescindiendo de que el federalismo considerado en general solo puede acarrear la destrucción y muerte de las sociedades que rige, si es consecuente consigo mismo, su aplicacion particular á España en las circunstancias del día y en el estado político presente del mundo, traeria la desmembracion del país en tres ó cuatro centros independientes que serian devorados inmediatamente por las poderosas naciones centrales que nos rodean. En vano se lisongearian Cataluña, Aragon y Valencia formar otra vez el antiguo reino de Jaime el conquistador, las provincias Vascongadas de vivir aisladas á favor de sus antiguos fueros, y las Andalucías de gozar una existencia feliz é independiente á la sombra de sus naranjos: estan ahí los franceses que abrigan la esperanza de estender sus fronteras hasta el Ebro, y los ingleses dispuestos á confiscar las costas del Mediterráneo. ¿Es esto lo que apetecen los federalistas? Tal vez; acaso el oro

extrangero contribuya á propagar un sistema que se osa dar como nacional; pero aunque así no fuese, los progresistas no quieren, no pueden querer nunca un error tan fecundo en consecuencias desastrosas para el país.

Los acontecimientos de Barcelona, Valencia y otros puntos, los de la primera ciudad sobre todo, ademas de indicar una profunda disolucion social del todo independiente de la política y de sus móviles, no han hecho mas que poner en claro el provincialismo que secretamente nos mina, y los instintos federalistas que incesantemente nos trabajan. Por eso hemos querido llamar la atencion sobre sus verdaderas causas y apartar el velo revolucionario que los encubre. No se engañen los hombres de opiniones avanzadas que pudieran simpatizar con los revoltosos, si la simpatía es posible con los que patrocinan el robo y el asesinato, que fiados de las apariencias, creyesen que allí se defendia la causa de la libertad y del progreso segun le conciben ellos. La verdadera causa revolucionaria no está allí, ni es la democracia española la que allí lleva la voz, sino el interés catalán y la república catalana. La lucha no es entre el liberalismo prudente y el liberalismo avanzado; es entre aquellos progresistas que, no obstante la tendencia de sus doctrinas, tienen arraigado en su alma el sentimiento de la patria, y los otros progresistas que, privados de toda idea de nacionalismo, aspiran á entronizar el provincialismo en todas sus consecuencias. Aunque combaten pues dos fracciones del partido exaltado, la una representa el país y la otra un giron suyo: la una la España, y la otra á Cataluña, la una la independencia nacional y la otra la servidumbre estrangera que tal vez la ha promovido; la una los verdaderos sentimientos revolucionarios y la otra los instintos de retroceso, aunque cubiertos con el manto de los primeros. No debe quedar por consiguiente duda del partido que deben escoger esos hombres si son amigos de la revoiuacion segun la buena tradicion francesa, y de los principior de libertad é ignaldad por ella procla-

mados. Por lo demas, aunque admiradores y en parte discípulos nosotros de esa revolución, pensamos que las del siglo XIX deben hacerse por otros medios, y ya que partan de los propios principios, amalgamarlos con otros del mismo alcance y porvenir. El orden y la monarquía deben ser en nuestro concepto los dos ejes sobre que han de girar todas las revoluciones futuras, y no tardaremos en manifestar por qué motivo á todos los hombres revolucionarios en el sentido político, no en el anarquista, de esta palabra, especialmente con relacion á la última.

Tendrán presente ahora el gobierno y su gefe la verdadera naturaleza del movimiento de Cataluña, y se apresurarán á sofocarle con el mayor rigor independiente de las consideraciones

que en otro artículo hemos expuesto debian impelerle á castigar tantos atentados á las leyes sociales? Volvemos á repetir como allí que confiamos en ello, haciendo como entonces las mismas salvaduras en el caso de que nos engañemos. ¡Ojala que esto no suceda! ¡Ah! ya que han dejado robustecer tan imprudentemente el mónstruo de la rebelion provincial; córténle vigorosamente la cabeza, y no vacilen ante el peligro que, si no lo hacen, es mil veces mas terrible! El señor duque de la Victoria tiene contraida demasiada responsabilidad con su país para faltar deslealmente á él. Téngalo entendido, si no lo sabe; su persona es la única salvaguardia que hoy día tienen el orden, la monarquía y la unidad nacional: no falte á sus compromisos.

C. C.

BIOGRAFIA LITERARIA.

SCHILLER.

(CONCLUSION.)

Schiller acabó los *Bandoleros*, drama en prosa en que se ven todas las exageraciones de una alma atormentada ya con el malestar social y presa en los lazos de una voluntad brutal y mezquina. No habiéndose querido encargar editor alguno de la obra desconocida, la costeó el jóven poeta como habia hecho Goethe con su *Goetz de Berlichingen*. Al leer el drama, un delirio de entusiasmo se apoderó de las imaginaciones activas. La violencia enfática y salvaje del discurso, el desprecio de las instituciones que encerraba, las dudas impuras, los sentimientos desenfrenados, fueron recibidos como otros tantos arrojados sublimes por la mayoría de las personas jóvenes impacientes de libertad y contrariados en sus instintos. Los hombres de lo pasado no vieron en eso mas que el sueño de un loco peligroso: sin embargo, allí estaban los elementos de una grandeza duradera. Por la noche sobre todo, era cuando el poeta habia trabajado en aquella obra de venganza. De dia, las frias realidades, el afán producido por su humilde condicion: de noche la poesía, la independendencia, las grandes ilusiones. En aquella hora el sueño po-

nia impotente á la criatura soberbia y admirada; pero el, él velaba, todas sus facultades estaban allí para servir á su cólera. A veces la imprecacion moría en su pecho; veía la campiña con sus bosques, sus frescas aguas, sus tierras fecundas y tranquilas: voces felices animaban el espacio. Entonces enternecido, vuelto á sus fervores juveniles, decia á Dios: «dá el mundo á los grandes, y á los Reyes de la tierra, y á mí, padre mio, dame la poesía.»

El éxito del drama fué tal que el baron de Dalderg que acababa de establecer un teatro en Manheim quiso que se representáran en él los *Bandoleros*. Iffland, á quien una irresistible vocacion habia hecho cómico, adornaba á la sazón aquel teatro. Inmensa fue la alegría del poeta, cuando se dijo á sí mismo que una multitud ansiosa experimentaría sus impresiones, que mil gritos confundidos en uno solo iban á hacerse eco de sus odios y de su gloria. Pronunciarian su nombre, dirían: *¡El es!* Pidió permiso al duque para asistir á la representacion de su drama: el duque se le negó, las súplicas fueron en valde. Lo que él necesitaba era un médico. ¿de qué le servia un poeta? Re-

suelto á no faltar á lo que esperaba pues habia de ser un triunfo, el jóven se fué á pesar de la espresa prohibicion de su soberano. Acogieron el drama con una embriaguez de emociones. Despues de haber ponderado el desempeño de Bech que no habia *llegado* sin embargo *al sublime de Carlos Moor*, añade Iffland: «el público, los actores los comparsas fueron abrasados como él de una llama devoradora.» El Werther de Goete habia dado en Alemania origen á la dolorosa locura del suicidio; el Moor de Schiller produjo la exaltacion del bandolerismo. Segun las memorias de la época, en diversos puntos de Alemania se formaron asociaciones de jóvenes ilustres por su nacimiento que, semejantes al héroe del drama, tenian el propósito de vivir en los bosques para erigirse desde allí en jueces y verdugos de una sociedad culpable.

Inútil es decir que el triunfador de la noche de Manhein volvió mas exaltado para la poesía y mas rebelde que nunca. Le impusieron quince dias de prision que empleó en imaginar un nuevo drama, la *Conjuracion del conde de Fiesco*. El duque no le volvió á ver mas que para reprenderle por su escursion vagamundo, burlarse de sus ardores poéticos, y prohibirle escribir mas que libros de Medicina! Sin hacer caso de esta ley insertó Schiller varios trozos en el *Repertorio literario* de Wurtemberg: «La poesía, escribia el jóven, es fuerte y delirante como el primer amor.» Toda lucha abierta con la voluntad soberana hubiera sido solo una estravagancia: bien lo conocia Schiller,

y así casi aparentó obedecer. Mas un proyecto osado se desarrollaba en su alma ofendida; no seria médico por mas tiempo, seria poeta. Para realizar este destino tenia que desterrarse de su pais, romper con su familia y abandonar su mision primera: su corazon resistia tan duros sacrificios. Pugnaba tambien contra estos tiernos sentimientos una palabra pronunciada desde bastante altura para infundirle temor. *Necesitaba mejor educacion*: el duque era quien lo habia dicho, y su modo de proceder con respecto á este género de reforma nada tenia de seductor. El *honrado* Schubart, espresion franca de Schiller, rehacia su educacion entre los muros de una fortaleza, no por meses sino por ocho pesados años, los mas hermosos, los últimos de su juventud: de allí habia de salir hombre y con el corazon envejecido antes de tiempo.

Un dia de octubre, en 1782, se despidió Schiller dentro de su alma de su patria y de todo lo que amaba, y con el bolsillo vacío y el corazon bien pobre de esperanzas, como escribia al baron de Dalberg, se fugó de Stuttgart con nombre supuesto y se refugió en Meinungen casa de Mma. Wolzogen, madre de un amigo suyo. Un tanto mas tranquilo el jóven rebelado, escribió al duque para que le permitiese salir de su regimiento y le dejara dueño de obedecer á sus instintos de poeta. El duque dijo que le perdonaria si volviese, y no hizo mas. Libre ya Schiller de irresoluciones, se quedó en su retiro. Allí acabó la *Conjuracion de Fiesco*: allí hizo la *Intriga y el Amor*, último de sus dramas en

prosa, allí tambien comenzó un poema segun su corazon, menos irritado ya : D. Carlos. El duque guardó rencor al fugitivo de Stuttgart. Cada vez que le nombraban delante de él, respondia con el tono de la impaciencia, ó de la magestad desdenosa : «No se me hable de ese médico.» Nunca quiso considerarle como poeta.

En la embriaguez de aquellos dias enteramente suyos, de aquella libertad ámplia, profunda, desconocida hasta entonces, esclamaba Schiller: «¡Soy hombre! ¿Qué mas se puede ser? Bien puede usar este orgulloso lenguaje aquel cuya independencia está alumbrando el sol de Dios, aquel que tiene derecho de ir con la frente erguida y hacer escuchar sus cantos.» Concluidos sus dos dramas, se trasladó á Manheim donde le llamaban la amistad del baron de Dalberg y la profunda admiracion de Iffland. La representacion de estos dos dramas produjo menos entusiasmo que la de los Bandoleros. Si se examina desprecupadamente la *Conjuracion del Conde de Fiesco*, se vé en ella un drama sin sentido, una sandez política que carece de la verdad de los lugares y de los hombres. *La Intriga y el Amor* está atestado de errores groseros; pero hay situaciones de una gracia y una belleza de sentimiento que harian honor á las mejores producciones. Luisa, heroína del drama, reúne todo lo que diviniza á la muger.

Un amor dulcísimo hacia Laura Schwan, hija de un consejero íntimo, ocupó deliciosamente el corazon de Schiller en Manheim. Aquella Laura no debe de ser la misma de

las odas. ¿Habia de haber entregado á una profanacion curiosa el nombre y los besos de la modesta doncella que pensaba hacer su muger un dia? Schiller pidió la mano de Laura. El consejero, con la prudencia de un padre que no pesa sino las ventajas bien claras y bien positivas, aplazó la deseada union; permitiendo sin embargo á los dos jóvenes que siguieran correspondencia: correspondencia bien languida y que el matrimonio no debia coronar jamas. Dispuesto á establecerse en Leipsick, escribió á su amigo M. Huber una carta que nos le presenta con todas las flaquezas de su carácter y sus gracias de corazon. Despues de haber declarado su decidido deseo de no dirigir ya su casa y de no permanecer solo, añade:

«Menos me costaria llevar á cabo una conjuracion dramática, ó especular sobre los fondos del Estado, que armonizar mis detalles de vida doméstica con mi poesía. Ya sabeis hasta que punto es esta enemiga de cuentecillas. Caigo de mi mundo ideal, luego que una media rota me hace entrar en la realidad. Aun hay mas: para mi dicha íntima necesito un verdadero amigo que, semejante á mi ángel custodio, esté continuamente á mi lado. Querria yo comunicarle mis pensamientos tan luego como nacen sin tener que escribirle ó visitarle. Solo la idea de que ese amigo no habita bajo mi mismo techo: que tengo que vestirme y pasar por la calle para verle, bastaria para destruir el goce que me hubiera dado aquel pronto y para romper la cadena de mis pensamientos.»

En esa misma carta se vé for-

malmente espresada la repugnancia del poeta á habitar cuartos bajos y boardillas. Por nada quisiera tampoco tener las vistas á un cementerio. ¿Temia encontrar en aquel lugar de reposo, en presencia de seres mudos y sepultados para siempre, la confirmacion de una duda terrible? ¿No habia él dicho con un temor sombrío: «Hace seis mil años que está callando la muerte? Disfrazándose un tanto para sí mismo, añade: «yo quiero los hombres, la muchedumbre, el movimiento.»

Establecido en Leipsik, se escapa de allí un día y corre á Dresde en pos de una mujer amada. El gran contemporáneo de Schiller, su rival en genio, su amigo también despues, Goethe no encantó su joven existencia sino con dulces amores: Margarita, Anita, Federica, Carlota aparecen en *Verdad y Poesia* como ligeros ensueños: cada una de por sí es un gracioso Idilio. Schiller á quien debian perseguir todas las dudas y gassar todas las desesperaciones, se prendó de la belleza de una mujer cuyo corazon no era libre, que habia comprometido su fé con un amigo. El hombre de conciencia y de probidad se dejaba llevar del delicioso placer de verla, de contemplarla en las horas de silencio demasiado espresivo ó de encantador olvido: y lejos de ella, él la traía á su imaginacion embellecida con toda la magia de su deseo y de todas las emociones fecundadas por su genio. Alguna vez la creacion del poeta tuvo adoraciones mas delirantes y mas hermosas que la misma querida. Lo que debía al confiado cariño del amigo, las emociones terribles de un alma ansiosa de felicidad, las sensaciones

enardecidas por la delicada circunspeccion, le entregaban á luchas que concluian en gritos ó en mudas agonías. ¿Qué de veces en él se pronunció el crimen, ¿qué de veces le glorificó en la audacia de su corazon con acentos dignos del Satanás de Milton y del Adramelech de Klopstock! Loco de dolor y de amor, pero decidido á que no hubiese en la vida de aquella mujer, ni en la suya, mentiras ni placeres vergonzosos, abandonó la ciudad donde estaba la casa que atraía siempre sus miradas y sus pasos, y corrió á refugiarse en un lugar solitario. La poesia alivió su formidable embriaguez, y acabó á *D. Carlos*.

Los Bandoleros habiendo sido el sueño sombrío y vigoroso de una noche tempestuosa; *D. Carlos* fué otro sueño echado lentamente al esplendor de un día cálido y de ligera tempestad. Esta bella y cumplida composicion se aparta de una manera marcada del primer drama; en cierto modo ha saltado de repente una edad humana y literaria. Lo mismo que en *Los Bandoleros*, el poeta tiende á establecer en la humanidad en sus derechos; mas no ya por la violencia, sino por el desarrollo completo de los grandes instintos del corazon. Anima á ese poema todo el lujo de una alma joven, fuerte y santamente afectuosa, que vá en busca de obstáculos temibles y de orgullosos dolores. Hay allí una riqueza deslumbradora de sentimientos magnánimos, hay el impulso creador y apasionado, hay el genio con su mas fecunda savia. Allí se ha poetizado Schiller bajo las facciones de don Carlos y del marqués de Posa. Su ardiente sensibilidad, su melancolia exaltada y

salvaje, su respeto á la justicia, no menos profundo que su desprecio á toda clase de tiranía y de degradación; por último, todo el ser de movimientos libres, pero sin regla, se encuentra en don Carlos. La figura del marqués de Posa tiene mas expresión y es mas serena. Posa es el ciudadano del siglo y de la humanidad; es el representante de la conquista infinita. «¡Conceded la libertad de pensarlo!» le dice á Felipe II. ¿No parece que se está oyendo á Schiller?

Acaso la austeridad de la historia, en ciertos detalles de naturaleza y carácter, negará la hija de Catalina de Médicis, la mujer de don Felipe; pero siempre que Schiller, al acabar su obra, hacia salir á la verdadera Isabel, se le aparecía otra figura de mujer con su melancólica belleza y su severa castidad.

Un recuerdo se ocurre aquí. Muchas mujeres adornan las poesías líricas de Schiller: cada una pasa á su vez rápida, brilladora ó divinamente cabilosa y melancólica; cada una, como la Venus de Virgilio, deja en pos de sí un perfume revelador. Es una bella desconocida con frente seria y llena de ternura, con sensaciones fáciles y amorosas: es Ema puesta á demasiada altura para que se diga que la amado; es Laura, bailarina aerea, música divina; es una doncella pura cuyo nombre queda escondido: es la mujer del amor profundo, de la desesperación que sobrevive á todas las distracciones, la hermosura del combate. Es Minna la perjura, Minna que pasa por su lado sin verle, arrastrando en pos de sí oleadas de

jóvenes voluptuosos y sonriéndose á todos. Minna á quien en su cólera pinta vieja, despreciable y tristemente abandonada. Hasta aquí llegó Horacio en su oda á Lidia. Schiller misericordioso se arrepiente y vuelve á amar. Pronto, como el poeta latino, podrá oponer á las infidelidades de esa otra Pirra su fría curiosidad. ¿Qué belleza inspiró el *Encuentro*, pieccecita de gracia ana creónica? La misma incertidumbre hay con respecto á la *Espera*, que pudiera decirse las suspiró el amante de Cintia, según lo terso de su melodía, lo delicado de su pasión y lo hechicero y natural de sus detalles. Todas las delicias de ese reciente canto de amor han vibrado en una lira francesa. Schiller se apartaba de pronto de esas figuras que con tal dulzura conmovían para sepultarse en su abismo de incertidumbres y de horror.

Le vemos feliz en 1787 en Weimar, donde debía ocupar con el tiempo un puesto elevado. Herder, que no gustaba sin embargo de los dramas del poeta, le acogió noblemente. Wieland se portó de un modo tan franco, tan cordial en las relaciones que tuvo con él, que Schiller, completamente satisfecho, dijo estas palabras: «pasaremos algunos buenos ratos: Wieland es jóven cuando ama.» Poco prendado de las grandezas, no tardó en dejar aquella ciudad de príncipes y cortesanos. En Ingolstadt escribió su *Historia de la rebelion de los Países-Bajos*.

Llega por fin la época del conocimiento personal de Schiller y Goethe. Nunca habia pronunciado el autor de *D. Carlos* este nombre sin una emoción apasionada. Todo

lo que habia visto el gran poeta se convertia para él en un objeto de respeto ó al menos de celosa curiosidad. Todo ser que habia respirado en el aire de Goethe adquiria para él una especie de consagracion. A todo lo que por otra parte le contaban de él era incrédulo y le producía alguna impaciencia. Nadie le presentaba el Goethe que él llevaba vivo y amado dentro de su alma y cuya cara tenia dos tipos distintos: Werther sumido en la dulce meditacion con algun bello matiz de melancolía, y Fausto, pensador inquieto, poco cuidadoso del mundo, absorto en sombrío y vigoroso entusiasmo; Fausto devorado por el ansia de lo desconocido. Magnífica ilusion, le habian dicho. Ahora vá á saberlo por sí mismo: Werther y Fausto estan á su presencia.

Encontráronse los dos poetas en una casa estraña. No se gustaron al principio. Todos los que han visto á Goethe convienen en el juicio exterior que hacen de él. Su estatura era imponente. Ora anduviese, ora estuviese parado, la dignidad brillaba en sus modales. Se la veía en los movimientos de su cabeza, en su frente ancha y de talento, en sus ojos negros y brillantes, en su mirada fija y escudriñadora. Su boca era hermosa, tan admirablemente hermosa, que uno de los dos Schlegel se preguntaba con formal sencillez, sino era mejor que la del antiguo Apolo; y aquella boca no se abria sino para derramar con profusion cosas dignas de la memoria. Algunos descubrieron en ella indicios de sequedad; otros dicen que de egoismo. Cuando Goethe hubiese adquirido una supremacia incon-

testada, dijo *los* al hablar de sí. En el momento en que estamos aun se trataba con una apariencia de descuidada familiaridad, con un desden de gran señor sin embargo; pero aun decia *yo*. Regresaba Goethe de Italia, lleno totalmente de aquella Roma en que segun él se cansaban la contemplacion y el asombro. Volvia maravillado, orgulloso en sus relatos con las solemnes impresiones del *Juicio último* de Miguel Angel, y las obras armoniosas de los artistas griegos sobre la sublimidad del arte. Decia como Winckelmann que el estudio de Roma era su verdadera iniciacion en la luz. Hablaba del Vesubio y de la mar que habia contemplado varias veces y en diferentes lugares. En medio de tal movimiento de ideas, de aquella deslumbradora variedad de imágenes y de sensaciones, lanzaba una palabra breve, enérgica, inesperada, y alguna vez mordaz, que dejaba á uno parado. Si queria atraer á sí daba á su voz un encanto misterioso y grave. De vez en cuando aparecia en él una implacable ironía.

Con toda aquella magnificencia quedó Schiller frio y sóbrio de palabras. Se vió por otra parte muy diferente del grande hombre, con su persona alta y delgada, su cara inclinada por lo comun, su sonrisa tierna ó dolorosamente inquieta, si una burla fina, el despecho ó entusiasmo no le animaban, sus cabellos rubios y caidos, y la repugnancia invencible que le causaba todo hombre con quien no tenia simpatía directa. Aquí cuadran naturalmente algunas líneas escritas por él bajo la impresion de aquel momento:

«No se ha disminuido la alta idea que yo temia de Goethe; pero «dudo podamos experimentar jamas «la necesidad de acercarnos uno á «otro. Muchas de las cosas que á mi «me afectan, no son ya de su tiempo. Todo su ser fue organizado «desde su origen de otro modo que «el mio. Mi mundo no es el suyo; y «los juicios que hacemos sobre las cosas se diferencian esencialmente.» Este hecho nos recuerda á Lavater. Fué tan imperioso y tan vivo su sobrecogimiento al ver á Goethe á quien conocia moralmente por Goetz, por Werther, y por una correspondencia seguida, que dejó escapar singulares exclamaciones: «Dios y la naturaleza han querido hacerme asi, dijo Goethe querendme tal como soy.» Y asi tuvo que ser; pero falló la ciencia de Lavater.

Goethe por su parte, sentia una aversion razonada hacia Schiller. No veia en el autor de los *Bandoleros*, y de la *Conjuracion de Fiesco*, mas que un enemigo del arte y de la sociedad, uno de esos hombres que tendria que combatir, que seria siempre un tropiezo en su camino. La Italia habia robustecido su passion de lo bello, y bañado su genio en frescos manantiales. Allí habia escrito su *Ifigenia* tan pura, tan apacible de armonia, tan bella y de tan severa sencillez; allí habia concebido á Torcuato Tasso bajo la misma inspiracion apacible, magestuosa. «Toda revolucion es una conquista» decia Schiller. Esta palabra incomodaba al hombre, y al artista. La conquista suponía siempre la pesquisa inquieta, los rodeos apasionados y violentos; él no concebía así el arte ni la vida.

La casualidad los volvió á juntar. A medida que Goethe conoció á Schiller, se sintió fuertemente atraído hacia aquel ser de melancolía, de entusiasmo y de amor; se le figuraba ver pasar por delante de sí sus años de amarga y santa poesia. Con Schiller juntaba á la vez dos edades de su vida, se completaba sin esfuerzo, y lleno de curiosa emocion, asistia al espectáculo de su juventud. Schiller le devolvía lo que la meditacion y la experiencia le habrian quitado. Llevado de la inclinacion que el poeta le inspiraba, consiguió para él una cátedra de historia en Iena. Las distancias se acortaban. Iena estaba á seis leguas de Weimar donde Goethe vivia como emperador y como cortesano. Varias veces tomó Schiller el camino de aquella ciudad de elegancia regia, principalmente cuando las hermosas hileras de ciruelos que conducian á aquel punto estaban en flor, ó daban ya sus sabrosos frutos. Los hombres han conservado vivo y fiel el recuerdo de las lecciones de historia dadas por aquel representante de una nueva era con tanto brillo, y con profundidad tan sólida y apasionada.

Apesar de sus sábias investigaciones, á pesar de las dulzuras de íntimas afecciones, Schiller seguía presa de sus formidables tormentos. La miseria de este poeta del siglo XIX es otra que la de los poetas sagrados: ningunos bienes terrestres pudieran consolarle. Recobre Job la salud y las alegrías de familia, espárganse rebaños suyos por la llanura, y su atrevida queja se convertirá en humilde acción de gracias. Veau Isaías y Je-

remias reverdecen la viña de la ladera de Engaddi, alce Jerusalen sus arruinados muros, no humille la vergüenza la frente de las vírgenes y de los guerreros, y el canto de triunfo publicará su religioso trasporte. Schiller no lamenta prosperidades mundanas: lamenta la pérdida en tan jóvenes años, lamenta aquellos destinos inmortales que podían explicarle los destinos de un día. ¿A qué vivir? ¿A qué morir? ¿Hay en efecto una herencia eterna que recojer al fin? ¿O habrán de quedar siempre ocultos sus fines al hombre, y seguir él por una duración ilimitada la espantosa tarea que acaba siempre con la inevitable miseria, con la muerte? La misma inteligencia de Dios se perdería en esta confusión, zozobraría en esa continua tempestad. *La noche; la gran noche!* exclamaba Goethe. *¡La sombría nada!* decía Schiller, lleno de amargura y de horror.

En 1790 fijó al menos el profesor de Iena sus inquietudes de ternura por medio de su matrimonio con la señorita de Laugenfels. Aquel mismo año, publicó su *historia de la guerra de los treinta años*.

Kant producía á la sazón en Alemania un movimiento universal. Su doctrina encontraba partidarios y detractores igualmente celosos. Ansioso Schiller de toda creencia noble, formó humilde entre los primeros. En los sistemas modernos entonces triunfantes no había encontrado mas que humillación y doloroso espanto. ¿Cuál era la ventaja de Kant sobre sus predecesores? No era solo la fé simple y robusta; era la con-

vicción clara, irrecusable, de la impotencia de la criatura para penetrar el misterio de Dios y de su obra: era la religion del deber en un sentido puro rígido y meditado. Schiller se propuso con ardor buscar una creencia que pusiera fin á sus angustias. Mas adelante publicó diversos escritos filosóficos, todos ingeniosos, todos recomendables por lo bueno de su intencion, pero manchados alguna vez por oscuridades sutiles. La desmesurada perseverancia con que siguió estos trabajos afectó su pecho y le redujo á tal estado de postracion que se puso á la muerte. Respetando dos principios soberanos aquella gran existencia que se gastaba en una tarea harto rápida, le hicieron aceptar cada uno una pensión de mil thalers (de quince á diez y seis mil reales.) Despues el gran duque de Weimar, Carlos Augusto, señaló á Schiller una pensión de doce mil reales con el objeto de doblarla caso de que enfermase el poeta. «Tengo talento, dijo Schiller con noble orgullo, no debo necesitar de nadie.» No quiso aceptar mas que los doce mil reales, siquiera para librarse de los cuidados demasiado importunos de los que esclavizan al mismo genio.

Restablecido un tanto, aunque todavía débil, quiso Schiller respirar el aire natal y volver cerca del hogar y de la voz de su anciano padre. Próximo á Stuttgard, escribió á su antiguo protector el duque. Este dominado siempre por una cólera vanidosa, no pudiendo perdonar la fuga del poeta, le contestó que era dueño de ir á Stuttgard, que nadie se apercibiría de él. El autor de los

Bandoleros le hubiera fulminado al príncipe una Filipica; el autor de *D. Carlos* entró sereno y conmovido en la reducida capital del pequeño Soberano. El enternecimiento de su anciano padre fué igual á su orgullo. Cuando su hijo le dejó, iba desconocido, sin porvenir; ahora todos le proclamaban, y él volvía mejor y mas modesto que en los dias de oscuridad. A pesar del reposo de todo un año, no pudo el poeta recobrar el vigor que para siempre habia perdido. De vuelta á Jena procuró zafarse de mezquinas sujeciones formándose un modo de vida peculiar, completamente extraña al movimiento comun y al frívolo pasar de las horas. Se levantaba muy tarde; de noche, cuando rumor alguno de la vida alteraba la melancólica grandeza de las cosas, se metia en su mundo interior. Su desesperacion, si continuaba en aquella hora de aislamiento, tenia menos aspereza, menos violencia: se desarrollaba en él la fuerza del bien y daba á sus dias un valor desconocido: entonces escribia.

En los tiempos de vigor le era posible vagar á lo lejos, inspirarse en los campos, en los bosques, con las bellezas tempestuosas ó tranquilas de la noche: ahora tiene que estarse en su cuarto entre cuatro paredes sin ver el cielo ni el espacio. Mientras está sentado, su genio es infecundo, al menos bastante apacible. Pasea aprisa ó despacio, segun el mas ó menos movimiento de su idea; se embriaga con el ruido de sus pasos, con el eco de su voz, con su gesto rápido y frecuente, con la sonora ondulacion de su bella poe-

sia, con la imprevista grandeza de su inspiracion.

Párase con frecuencia para trasladarla al papel, y sea por necesidad ó por costumbre, lleva á sus labios algunas gotas de vino añejo del Rhin ó de un ligero Champagne que nubiera celebrado Horacio. Raras veces una alegría sensual deshonra la poetica belleza de aquella frente pálida y divina. Entonces meditaba su admirable trilogia de Walleinstein.

Su intolerable dolor habia sido el de una existencia inútil: mas nunca lo puede ser la de aquel que contribuye á arraigar en las almas el sublime é invariable sentimiento de la justicia. El ha tanteado y está bien resuelto á seguir esa ley tan digna de sus esfuerzos. La naturaleza encendió en su corazon el fuego de la poesia; él pues le hará útil y sagrado. Convencido de la influencia moral que se puede ejercer sobre los hombres reunidos, quiere que una fiesta, dada en cierto modo á sus sentidos, se convierta para ellos en un medio de perfeccionamiento. Fecundará todos sus dramas con simpatías generosas y con esperanzas elevadas. Desplegará sus mas ricas facultades para que haya armonía entre la existencia pasagera y la hermosa eternidad propuesta como un fin sublime á los débiles y á los fuertes. Para él solo se quedarán, si no puede remediarlo, los embates de la duda, las infinitas miserias de una inteligencia sobrado soberbia: mas para esa humanidad á quien ama, la fé noble y vivificadora, el imperecedero porvenir.

Aun hay mas; en la edad ya de

la experiencia Schiller se convence de que por lo común ha visto los seres y las cosas desde un punto de vista personal ó exagerado; y con el candor del genio modesto busca en el mundo la existencia, y en los libros la verdadera dirección para sus creaciones futuras. Los griegos fueron los primeros maestros en el arte, los estudia, los medita, traduce á Sófocles y á Eurípides. ¡Cosa extraña! admira á Homero, pero no le traduce; sino al fin lejano y legítimo de la Grecia, á Virgilio, que tanto difiere de los rudos y sencillos tiempos cuya Epopeya habia él continuado. Vuelve también al gran poeta de Inglaterra; y como él, y con iguales sentimientos, se apropia la ciencia del hombre demasiadas veces amarga.

Hasta 1798 le vemos ocupado de su famosa trilogía de Walleinstein. No repugnó investigación alguna para iniciarse en la verdad de los tiempos y de los personajes históricos; antes redobló sus esfuerzos con la ansia que le era natural. Con frecuencia le acosaba la inquietud. La desconfianza de sus medios de ejecución está espresada con un candor interesante en una carta de desahogo. «Siento una verdadera angustia cuando pienso en mi tragedia de Walleinstein. Si quiero «continuar mi trabajo, tendré que «gastar lo menos seis ó siete meses «de una vida que tengo fuertes razones para no prodigar, y al cabo «puede que salga una pieza abortada.» Sorprende su modestia, y esa conciencia de una vida que debe concluir pronto; no repara él en años, sino en meses.

Goethe habia fundado un tea-

tro en la corte Weimar donde debia representarse primero *Walleinstein*. El duque Carlos Augusto, cerca del cual vivia el autor de *Fausto*, esperaba aquel drama con toda la impaciencia de un hombre ansioso de gozar en su vida las mas bellas realidades posibles. Era el tal príncipe de muy buen sentido y profesaba verdadero cariño á los poetas. Todos los dias tenia el gusto en sentar á su mesa á los mas distinguidos: varios habitaban su palacio donde se hacia una vida deliciosa y amable. También convenian á su benevolencia satisfacciones menos ruidosas, y que permanecieran ocultas. Si un poeta ó un hombre de mérito se presentaba desnudo á las puertas de su ciudad de seis mil almas, al punto se le proveía de vestidos decentes y entraba en Weimar sin temer una curiosidad humillante.

Doce años hacia que el autor de *D. Carlos* no experimentaba las emociones de la primer noche de una obra representada, cuando lo fué *Walleinstein* en el teatro de Weimar en 1798. Terribles guerras estremecian á la sazón la Europa y preparaban á la tierra otros destinos sociales. La reducida ciudad de Weimar seguia leyendo en las gacetas los desastres de las naciones, sin ser menos fiel á sus placeres de inteligencia. Todas las bellezas de *Walleinstein* tuvieron su parte de admiración enternecida ó espantada. Allí se muestra de vez en cuando la austera sencillez de Sófocles, al través del movimiento salvaje impetuoso y libre de Shakespeare.

Max y Tecla, dos seres encantadores y puros como las creaciones

tradicionales del mundo virgen, basarian para el valor del poema. Max es sublime; Tecla tiene la graciosa sencillez de Julieta, la tris-teza reflexiva y apasionada de Ose-lia. Max personifica el deber en su mas desinteresada y admirable es-presion; Tecla el amor en su cul-to mas casto y doloroso. Despues de la gran figura de Walleinstein tampoco pueden olvidarse las de Octavio Piccolomini y Buttler.

Cuanto han conocidos el teatro de Weimar hablan de él como de una creacion única y de un efecto maravilloso. Los espectadores, esco-jidos todos, estaban hechos á apre-ciar las obras del genio por lectu-ras y conversaciones de un gus-to severo y delicado y por piezas que no se veian en alguna otra parte, porque no se representaban solo las nacionales en la ilustre es-cena de Weimar; el encantador Goethe evocaba allí casi á toda la tierra. Eran los trágicos Griegos, traduci-dos fielmente con la pompa musical, las máscaras, los grandes trages ras-treros las decoraciones, y todos los artificios de la ciudad de Pireles. Los cómicos latinos tenian su tur-no con igual atractivo de verdad. Shakespeare aparecia tambien con su potencia salvaje. La dignidad ele-gante y magestuosa del siglo XVII frances sus deleites de corazon divi-nizados á fuerza de poesia, llama-ban allí á Racine. Igualmente bri-laron despues Voltaire, Lope de Ve-ga y Calderon. Tres hombres deja-ban atrás al duque, á su familia, á los señores y á las mugeres de an-tigua raza. Muchas veces se apar-taban las miradas de la escena para fijarse en ellos. Ninguno era de Wei-

mar. Wieland, hijo de un pastor de Holzein; Herder de un pobre maestro de escuela de Mohrunger, y Goethe de humilde condicion por su padre; Goethe, el mas jóven, el mas afamado, y el mas soberbio tambien perteneciente á una fami-lia plebeya de Francfort del Mein formaban esta magnifica trinidad atraidos hacia aquella Atenas del norte, habian hallado una hospitali-dad de cariño y de buen gusto que les habia hecho quedarse. Alguna vez se veian allí tambien dos de los mas sabios escritores de Ale-mania, Augusto y Federico Schlegel, tan ansiosos de sonar en el mundo, que Schiller con su franca impaciencia los llamaba estorninos. Los Schlegel tenian no obstante aversion al drama frances. Actores de rara inteligencia agitaban con sus fuertes emociones aquella corte des-cuidada y feliz. Y Goethe con su estatura elevada y su cabeza de Ju-piter, Goethe desde un asiento le-vantado en el patio, presidia aquellas fiestas divinas. Aquel era el tiempo en que segun la espresion de ma-dama Stael « no escribia el sobre de una carta sin que sus ardientes admiradores no buscasen en él las huellas del genio. » No fijando á Schiller ningún deber en un lugar mas bien que en otro, abandonó la sabia Iena, y se estableció un her-moso dia en la reducida y hechicera villa de Weimar. Wolzogen, amigo de su primera juventud, estaba allí con su muger cuyo mérito estimaba en mucho Schiller. A no haber esta-do tan debil de salud habria gozado en la buena reunion de Weimar. To-dos los encantos del espíritu y del corazon, todo lo que da movimien-

to y gracia á la vida, todo lo que calma tambien el sentimiento demasiado vivo de las cosas, se encontraba allí á medida del deseo. Una conformidad constante de inclinaciones y de ideas entre personas destinadas á verse continuamente hubiera hecho monótono y difícil el curso de las horas; ni aun eso existia. Wieland, despues de haber trasnochado llorando sus creencias perdidas, se habia sumido en la dulce incuria de lo que era y de lo que podria ser. Juntaba la gracia fácil de Montaigne, la suave fantasia de Ariosto y la bufona y entusiasta inspiracion de Voltaire. «Yo no sé mas que contar» decia con tono interesante y sembraba su discurso de todo género de seduccion. Herder no trataba con ligereza las cuestiones profundas. Con un saber inmenso veia en la perpetua movilidad del universo una ley admirable de juventud, de hermosura, de armonia y de perfectibilidad feliz. Preocupado del esplendor siempre creciente de la humanidad, le sacrificaba la grandeza aislada del hombre: era el panteismo de Spinoza en forma poética. Si alguien osaba murmurar contra la sombría y fatal pendiente: si alguien compadecia tantas razas inmoladas á una obra desconocida que quizá no se comprenderia jamás, mostraba Herder una ironia desdeñosa. En efecto; ¿habia de abortar una concepcion sublime, solo para satisfacer la fatuidad visible de la criatura del momento? Otros recuerdos habian ya perecido sucesivamente: ¿Eran acaso menos preciosos, procedian de una sabiduria menos profunda que el mundo

presente? Schiller se exaltaba á veces con este sacrificio: mas si contaba cuan pocos años le quedaban ya para sufrir la última invencible miseria, apelaba de esta altiva decision al Kant que tenia tanto respeto al individuo. Y los dos peotás proseguian la conversacion: Herder hundiendo al hombre, Schiller defendiéndole del insulto y libertándole de la servidumbre divina.

Estas cuestiones con calor agitadas divertian la tranquila y desinteresada curiosidad de Goethe. Tiempo hacia que se habia librado de las angustias de una eternidad impenetrable y empleaba su talento en absorberse con la magestad apacible de Spinoza en el panteismo del antiguo Oriente. El quizá estremecimiento mortal de Schiller no era para él mas que objeto de meditaciones sucesivas, la vuelta á lo pasado donde el mismo habia sufrido el peso de grandes miserias, y hecho oir este inquieto deseo: quisiera revivir en otra parte! Ahora ya no se reparte entre el mundo real y el mundo posible. Lo que conoce, lo que podrá conocer y gozar aun, basta á la energía y á la estension de sus sentimientos; por medio del raciocinio se ha elevado al desprecio de aquel otro destino.

En medio de hombres tan elevados, tan profundamente sinceros, hubiera seguido Schiller con el amargo dolor de lo pasado á no haberle distraido el movimiento de la poesia. Libre una vez de aquellas incertidumbres del arte, llegó á trabajar de una manera prodigiosa y fácil. Piezas originales, traducidas, poesias líricas, todo se sucedió con

una inconcebible rapidez. No le queda mucho tiempo: lo conocia, y su propósito era libertar su memoria del olvido, dejando á los hombres algunas obras bastante puras, bastante sólidas para que constase que él habia existido.

A los dos años de Walleinstein, en 1800 se representaba Maria Stuardo en el teatro de Weimar. Prescindiendo de la grandiosa concepcion del poema y de situaciones animadas, abunda en detalles de un interés inapreciable. Todas las figuras por otra parte, en un género diferente, son estudios acabados. Cada una de por sí es un magnífico modelo de pensamiento y de ejecucion. Nada hay tan hábil y perverso como Isabel: es un mónstruo inaudito. Toda la baja del cortesano sin corazon está caracterizada elegantemente por Leicester. Burleigh es el sacrificio implacable y feroz á la individualidad soberana. Se prosterna uno ante Talbot, sublime espresion de la conciencia. Maria tiene la maravillosa virtud de conciliar las seducciones de los años juveniles con la seria belleza de su edad y de la desgracia. Goethe declaró admirable aquel poema trágico: alta aprobacion que afectó mucho á Schiller; mas destinado siempre á sufrir, recorria con su triste mirada aquel mundo destruido para las revoluciones, aquellas dinastías de reyes que comenzaban ya su errante peregrinacion: aquellas naciones conquistadas por la violencia, y asustadas de serlo; y un himno dolorido y solemne acreditó su simpatía: su final era sombrío: «La libertad solo está en nuestros sueños, y lo bello solo está en nues-

tros cantos.» Se engañaba. Los hechos que no le parecían mas que efecto de la brutalidad invasora, eran en realidad semillas para lo futuro: preparaban la emancipacion de las ideas. En 1801, Juana de Arc obtuvo en la escena honores no comunes. En Weimar se habian enamorado de aquella casta y melodiosa poesía: En Leipsick hubo una magnífica explosion, un triunfo popular. Allí estaba Schiller con el rostro dulcemente animado por la reflexiva emocion. Concluido el primer acto, de todos los púntes salió un grito unánime y profundo de *viva Schiller!* y en el momento mismo siguió á este grito una música espontánea, una tocata triunfal.

Representada la tragedia, los espectadores se pusieron en dos filas y por medio de ellos pasó el poeta sumamente conmovido. Fuera hubo tambien otra procesion en dos hileras con los mismos gritos de admiracion y de cariño. Para los franceses la Juana de Schiller no tiene mas valor que el del patriotismo que brota por todas partes en bellos sentimientos. No se encuentra allí el instinto de la época; y como si el poeta se hubiera cansado de pronto de la realidad, se abandona á un capricho inverosímil, se borra la tradicion lentamente y se pierde en una repentina huida. Nada de hoguera, sino una muerte triunfal. Shakespeare habia hecho de Juana una muger astuta y grosera, una vagamunda impura. Schiller con otra exageracion ha despojado á la doncella de sus formas grandes y sencillas para adornarla de un brillo fantástico.

Virgilio, Ariosto y Tasso han com-
puesto aquella figura.

En aquel mismo año, 1801, ha-
bian hecho noble á Schiller; Goethe
y Herder en diferentes épocas ha-
bian aceptado aquella miserable dis-
tincion; quizá Herder tambien por-
que hay afrentas de que no habla
el genio. El señor de Herder, el se-
ñor de Schiller; esto es mezquino
hasta el último punto.

Apenas habian pasado dos años
cuando descubrió á Schiller bajo un
nuevo aspecto la *Desposada de*
Messina, con su concepcion á la
vez griega y de la edad media, sus
pomposos coros, su magia y su ri-
queza de sonidos. ¿Qué idea se per-
cibe al través del movimiento de la
accion? La idea antigua tan insult-
ante para Dios, tan horrible para
la criatura, la fatalidad.

Tres hombres á quienes vene-
raba Schiller dejaron apaciblemen-
te la vida; Klopstock, bien solo,
bien desamparado en su vejez mu-
rió recitando sus hermosos versos:
Herder hizo de su hora terrible una
dulce y solemne; se heló su mano
escribiendo un himno religioso. Al-
gunos meses despues, en 1804, fi-
naba Kant en Kœnigsberg, de don-
de nunca habia salido mas que á
dos ó tres leguas, su existencia apa-
cible y altamente honrada.

Schiller, aunque muy enfermo,
no dejaba de escribir. En muy po-
co tiempo se vieron aparecer diver-
sas traducciones suyas, la *Ifigenia*
en Aulide, de Eurípides, el *Mac-*
bet de Shakespeare, el *Turandot* de
Gozzi; dos comedias de Picard, *Mas*
Menechmos y *Mediano* y *Rastrero*.
Mas enemigo que nunca de la tra-
gedia francesa, tuvo mucho que ha-

blar con el *Mahoma* de Voltaire
que Goethe habia traducido de ocul-
to y que hizo representar un dia.
Sin embargo, á instancias del duque
Schiller tradujo la *Fedra* de Ra-
cine.

Mozart se despidió de la tierra
con un rico canto fúnebre. Schiller
que sentía escapársele la vida, jun-
tó los rayos mas puros de su genio
y alumbró con una magnífica luz la
última tarea de sus últimos años,
Guillermo Tell. Sé tu mi grande
obra, dijo el hombre de bien. *Gui-*
llermo Tell, composicion solemne
y robusta, canto de libertad y de
amor, podia cerrar dignamente la
existencia mas admirable; *Guille-*
rmo Tell se presenta como una ini-
ciacion del minuto humano en la
hermosa eternidad. No era el títu-
lo de un hombre el que debía darse
á aquel poema grande y vivificador:
hay en él mas que la espresion de
un interés aislado; la queja y la
justa sublevacion de todo un pueblo:
hay el derecho santo y eterno de la
humanidad cobardemente ultrajada.
No cabe compararse ninguna de
esas conjuraciones estrepitosas de
los grandes estados con la conjura-
cion tranquila, fuerte, sencilla de
ese rincon salvaje y casi desconoci-
do. El pueblo representa el dere-
cho social, con su razonada depen-
dencia, sus obligaciones consenti-
das y su comunion de interés: *Tell*
representa el derecho natural. Es
el hombre primitivo con sus ins-
tintos de simple posesion. La cul-
tura ha creado sábias leyes que una
multitud de seres ha acogido. El se
cura poco del sentido de esas leyes,
no pregunta si son una necesidad ó
un beneficio para los que se sujetan

á ellas. Su fuerza de que está bien seguro y su equidad natural le ponen fuera de esas leyes. En el llano sentiría las travas de ese orden desconocido; la vergüenza en alguna sugesion; pero él habita en la altura solitaria. Allí el espacio es libre, y no conoce mas señor que á Dios. No obstante, un poder extraño le encuentra respetuoso, inerte de buena fé. Lo que él ha menester es que no le toquen al campo que sus padres acaban de disputar á las nieblas, á los osos, y á lobos, y que están cultivando sus manos: es que no ataquen á los suyos ni á su independencía. Soberano pacífico de aquellos lugares, vaga por sus lagos, caza en bosques, montañas, quiere gozar de todo, como goza de las bellezas del cielo y de los perfumes de la soledad; y cuando el cansancio le hace volver á su casa encuentra en ella piadosas ternezas. Esa figura de Tell tiene alguna semejanza con el Leonidas que han hecho Herodoto, Diodoro y Plutarco. La propia sencillez de heroísmo, igual calma en la accion arriesgada, la misma palabra lacónica y tranquila pero enérgica en su sentido, segura en su autoridad. No puede menos de citarse la que dijo al ver edificar una cárcel para hombres, poco hacia libres, y felices poseedores de aquella tierra. «Las manos podrán destruir lo que han construido las manos.» Hay otros muchos rasgos: mas nos limitaremos á uno: se apura su muger porque no pertenece á la liga del Rutli: no pertenezco; pero si me llama mi pais, responderé á su voz. —¿Y á ti te tocará como siempre lo mas peligroso?—A cada

uno le emplean según sus meritos.»

Plutarco se habria apasionado de este carácter sublime que falta en sus vidas. ¡Con qué encanto de curiosidad y de cariño le hubiera estudiado! ¡Cuántas veces no hubiese hecho caso y hasta habria olvidado sus figuras de estoicos para desahogarse en la familiaridad de aquel sér tan compasivo, tan dulce, tan colosal y siempre sin presuncion y sin estudio!

Esta obra dejó al poeta sumamente débil. A poco despues se sintió morir: no obstante mil felices causas le unian á la vida. Tenia una muger amada, era padre y estaba rodeado de amigos: Goethe se conducia como uno de los mas tiernos. Subyugado por el candor sublime y un tanto salvage de Schiller, por todo lo que habia en aquella naturaleza de entusiasmo sincero y atrevido, de alarmas virtuosas, le habia llegado á tener un cariño particular. Llevó con paciencia las desigualdades de Schiller, sus amarguras, su franqueza á veces desdenosa, las largas cavilaciones en que se quedaba mudo y entregado completamente á sí mismo. Para aquel hombre de impresiones siempre verdaderas, dejaba con gusto su solemnidad de costumbre. Su voz grave y soberbia, ó friamente incisiva, guardaba para el amigo la familiaridad mas tierna que hay en el corazon. Abdicando su apacible supremacía, no le veia mas taciturno, mas cansado é inquieto, sin estar él tambien disgustado: sino conseguia ponerle un poco alegre, sabia guardar consideraciones delicadas.

Un capricho de aquel hombre,

diez años mas jóven que él, atraía su atención y no le irritaba. Herder, por otra parte, le había acostumbrado á ser de hecho indulgente con la amistad. Nunca había escrito Herder á Goethe una línea que no respirase ironía: con cuidados siempre dulces, fué como Goethe llegó á conquistar el cariño duradero de aquel otro genio. Conociendo con alguna intimidad al autor de *Fausto*, se explica fácilmente la aversión á que daba margen y de que Schiller no supo preservarse siempre. ¿Cómo era posible que el cantor apasionado del dolor, el que le sentía inagotable en su seno, devorándole en silencio, el que escuchaba rugir todas las tempestades humanas, hubiese podido ver siempre con buenos ojos aquel contemplador impacible ó burlesco de la angustia universal? Hasta nos parece que Goethe debía inspirar alguna vez espantosa repugnancia ó al menos una cólera honrada. ¿De qué miserias públicas se compadeció? ¿En qué época de su larga existencia tuvo una patria? El artista había muerto al hombre. ¿Y no sorprendió Schiller nunca en aquellos labios de mármol, la despreciadora ironía de Mefistofeles en respuesta á sus arrebatos? Por otra parte aquella observación continua con conocido objeto debía producir impaciencia ó repugnancia y cerrar el corazón á todo afecto libre. ¿Con qué cuidado se defiende Goethe de una sensación prolongada con sobrado calor; como de una enemiga que quitaría á sus facultades la exactitud y profundidad de observación, y le gastaría á él también? Si una conversacion le afecta mucho

la hace cesar, ó la deja y desaparece. Es hombre que huye de todo aquello que puede producir á su alma sacudidas muy violentas. Lo que hacían los griegos con respecto á las estatuas de sus dioses que nunca aparentaban mas que una calma feliz, hizo Goethe respecto á su vida, pasada su primera juventud. Nunca hubo deificación mas formal, culto mas sincero y profundo del yo que el de aquella vida en que solo descollaba el arte. Agonizan sus amigos, mueren; no los vé, antes hace lo posible por distraerse de esa idea. Es gran admirador de Nínon *que ha sabido no tomar ningun negocio como suyo*. Lo que tristemente le afecta es el presunto aquilamiento del ser. ¿Hay algo mas allá de la existencia visible? No tiene mucha confianza; así es que calcula todos los medios de prolongar su vida y de llenarla de todos los bienes. Si siente entorpecerse sus facultades, las pone en movimiento por medio del trabajo. Lleno de orgullo, nada quiere perder de sí mismo antes de haber perdido todo. Como los hombres de hierro de los antiguos tiempos caerán para no volverse á levantar: mas no verá por tierra los pedazos de su armadura, ni gozarse en un vencedor insolente. Armado se presentará á la muerte y le disputará su derrota con valor.

Schiller nos llama á sí, tristemente.

—¿Cómo os sentís? preguntaba madama de Wolzogen al poeta moribundo y sin vida á los 45 años. — Cada vez mas tranquilo, respondió el hombre reconciliado con las esperanzas inmortales. Próximo á

concluir para siempre el sueño humano, en aquella hora en que la inteligencia entra en su noche, levantó Schiller al cielo una serena y luminosa mirada: y como si hubiera entrevisto mas allá de la tierra, dijo: «Muchas cosas me parecen ahora menos oscuras.» Cerráronse sus ojos para no volverse á abrir. Era en 1805. Temiendo sin duda honores escesivos, pidió que le enterrasen sin aparato: lo hicieron de noche. Una multitud silenciosa de amigos, de jóvenes adoradores de su gran genio, siguieron aquellos apagados restos y se adelantaron á los cantos de los ruiseñores. La noche era sombría. Llegado que hubieron cerca de la huesa, salió la luna de una nube, y pálida ó melancólica brilló sobre aquel frio ataúd.

Goethe cantó aquella muerte prematura.

Al lado del hombre de los destinos eternos coloquemos el hombre de esta tierra. Goethe que habia sobrevivido casi solo á su generacion y que habia escuchado la ren-

corosa protesta de la juventud, Goethe lucha contra la enemiga en 1832 á los 83 años, y con una de esas voluntades indomables que es preciso admirar, se empeña en que se ha de morir de pie. Por orden suya le sientan en su silla alta: «*La noche, la gran noche*, como él dice, la muerte no ha llegado aun; pero es ya noche para sus ojos que han cesado de ver. «¿No hay luz! ¡no hay luz!» esclama con doloroso acento. Despues enmudece su voz: ¿Qué importa? todavia habla con su mano derecha trazando letras en el aire. Cae aquella mano sobre la rodilla y permanece inmóvil: ha pasado para no volver mas, mas la vida huyó con la inteligencia; ha sido hasta el fin bien dueño de su sér. Y en tanto que exalaba su último suspiro de genio y de vida, un famoso verso de *Fausto* dicho cerca del cuarto en que murió le devolvía este eco de la otra orilla: «La huella de mi paso sobre la tierra no puede ni aun perderse en lo profundo de la eternidad»

REVISTA DE LA QUINCENA.

CRONICA EXTERIOR.

En los quince días transcurridos desde el número anterior no ha ocurrido novedad alguna capaz de alterar la paz de que felizmente gozan las potencias europeas y que tanto sería de desear de nosotros. El espectáculo que hoy presenta la España basta para retraer de guerra á quien no tenga un interés muy directo en verificala. Asi que, todo propende á afianzar cada vez mas el estado pacífico de las relaciones inter-

nacionales entre los diversos países. La Francia ha dado por fin la primera el ejemplo de la confianza desarmando ó retirando parte de sus buques, y el asunto de M. Mac-Leod que amagaba encender la guerra entre la Inglaterra y los Estados-Unidos, ha tenido el desenlace mas feliz que pudiera desearse. El acusado ha sido absuelto por el tribunal encargado de juzgarlo, y la diplomacia se ha escusado así de tomar parte en una cuestión en que su influjo hubiera podido traer serias complica-

ciones en vista de la irritacion de los ánimos de los anglo-americanos. Parece ahora que los Estados-Unidos se proponen á su vez entablar varias reclamaciones contra la Inglaterra sobre la indemnizacion del buque quemado y cesion del territorio en disputa; y aunque esto pudiera alterar de nuevo los vínculos de amistad que existen entre ambos pueblos, no sucederia en tal caso sino en un plazo bastante largo.

El incendio de la torre de Lóndres que ha causado pérdidas considerables, la continuacion de la guerra de la China por los ingleses que se proponen nada menos que marchar sobre Pekin; y, lo que nos interesa mas de cerca, la internacion por el gobierno de Luis Felipe en el territorio francés de los emigrados que han tomado en la sedicion vencida ó habian acudido á la frontera á esperar su desenlace, son los acontecimientos mas notables de la quincena y que solo merecen ser apuntados.

CRONICA NACIONAL.

Tristes son la mayor parte de los acontecimientos que ofrece la quincena primera del mes que corre. El feliz término de la rebelion moderada sufocada ya, enteramente con la marcha del duque de la Victoria á las provincias, parecia prometer un estado de cosas mas tranquilo y venturoso; pero las pasiones irritadas y los ánimos enardecidos se han empeñado en prolongar lo fatal de la situacion y los desastres de ella originados.

Un decreto de principios de este mes ha privado sin ninguna ceremonia á los vascongados de todos sus fueros y franquicias en castigo sin duda de la sedicion de que ha sido teatro su pais y á que casi ninguno de ellos ha contribuido. La política y la conveniencia aconsejaban á la verdad una conducta muy diferente, pero el gobierno solo ha querido escuchar la voz de la cólera del despecho. No habiendo aquellos naturales tomado parte en su generalidad en los planes de los que se apoyaban en la cuestion foral como pretexto para encender la guerra civil, parecia natural

que á esa cuestion no se la sacase del terreno en que anteriormente estaba hallándose pendiente de una transaccion amistosa. Si los interesados persistian decididamente en desconocer el espíritu y la letra de la ley de octubre, entonces el gobierno podia hacer uso de sus facultades soberanas y resolver este asunto en el sentido justo y legítimo. Esta era tal vez la ocasion mas oportuna de conseguir mayores ventajas en favor de la unidad nacional por medio de la persuasion, y el asentimiento de los vascongados mismos al arreglo que se verificase le daria una sancion y una robustez que no le prestarán nunca la fuerza ni la violencia. Por lo demas, creemos que el gobierno ha estado en su derecho al dar semejante paso; solo la gana de hacer arma de oposicion de cualquiera medio puede inducir á los periódicos conservadores á atacar la medida bajo este punto de vista.

Pero no solo es la abolicion de los fueros la única venganza que el gobierno ha creído deber tomar ¡ojala fuera así! Independientemente de esto, se ha empezado allí una era de persecuciones que no sabemos el objeto con que se hacen ni la legitimidad en que se fundan; no es justicia lo que se hace en las provincias, son arbitrariedades, son violencias, son atropellos. No hablamos de la disolucion de las milicias nacionales de Bilbao y Vitoria, medida que en nuestro concepto era necesaria y justa al mismo tiempo; aludimos á los escándalos de que es teatro Bilbao, á esa contribucion de guerra con que se ha sobrecargado á ciegas á aquella villa á quien su conducta reciente no puede arrancar sus laureles tan heroicamente ganados, á los excesos de autoridad cometidos allí, á los fusilamientos no justificados que parecen haberse llevado á efecto, y sobre todo al acto horrible de que la opinion pública acusa á un hombre que sigue vistiendo el honroso uniforme de general español, sin que su conducta haya sido sometida á una pesquisa rigurosa y severa. Esta atrocidad, así como todos los demas hechos que hemos referido, sobre no tener ningun

fundamento legal, llevan el sello además de la mas completa imprudencia, de la mas absurda imprevisión. Seguramente tiene muy corta la vista el gobierno que los ha tolerado ó solo se ha propuesto mantenerse á la cabeza de un partido á cuyas exigencias se someta y á cuyas venganzas sirva ¿Y qué diremos de los destierros de Pampuna? ¿Qué de los confinamientos arbitrarios de los señores Olano y Altuna, cuyo carácter de diputados ha sido desconocido sin consideración á la inmundidad de que gozan los representantes de una nacion á no ser cogidos *in fraganti*? ¿Qué sobre todo, de la deportacion del apreciable Sr. Laserna, corregidor de Bilbao, porque queria mandar con arreglo á la Constitucion, por la voluntad de un soldado que no queria consentir sin duda otra autoridad que la de su sable? ¿En donde estamos?

Si apartamos la vista de las provincias Vascongadas y la fijamos en otras, no encontramos un cuadro mas lisonjero. Barcelona y Valencia han sido teatro de sucesos escandalosos y atroces, que escusamos comentar. Las juntas de vigilancia establecidas en estas dos ciudades, no solo se han erigido en verdaderas juntas de gobierno y usurpado las atribuciones de los altos poderes públicos, sino que se han propasado á los mayores excesos y cometido las violencias mas inauditas.

La de Valencia dió principio á la obra exigiendo unos cuantos millones por via de empréstito forzoso á las personas ricas y de cierto color, sin determinar el modo de su reembolso y satisfaccion. Aun no habia sacado bastante dinero. Aprovechando la ocasion de que unos foragidos apresasen á dos comisionados suyos que iban á verse con el general Van-Halen, pidió el rescate que exigian los ladrones, que Dios sabe, quiénes serian, y á fin de hacerle efectivo con rapidez, tomó la medida de encerrar en la ciudadela á los multados, con un motivo tan peregrino; y como no encontrase á algunos en su casa, prendia á hermanos en lugar de los hermanos, á hijos en lugar de padres, &c. &c. El

obispo de Barcelona, Sr. Martínez de San Martín, persona tan hermanada con las instituciones liberales, estaba en el número de los presos. Estos han sufrido agonias terribles; encerrados en el mismo alcázar que se estaba derribando socolor de que habia sido instrumento de tiranía, han estado espuestos á ser asesinados mas de una vez, y la misma junta tuvo que imponer pena de la vida á los que intentasen hacerlo, añadiendo que nada tenían que temer mientras estuviesen salvos los comisionados aprehendidos. Hasta ahora las represalias se habian tomado siempre con los amigos de los enemigos; á los barceloneses tocaba probar que tambien pueden tomarse con los indiferentes, lo cual, como todos ven, es llevar á un grado refinadísimo el lujo de la ferocidad.

La junta de Valencia, aunque se ha limitado á representar una farsa de los acontecimientos de Barcelona, no le ha ido en zaga sin embargo. La ciudadela de aquella poblacion, así como uno de los ángulos del Mercado Nuevo han caido por tierra. Además, ha espedido varios decretos cortados por la tijera de los catalanes, entre ellos uno que suspendia de sus derechos políticos á los carlistas, disponiendo para terminar su tarea el fusilamiento del ex-gobernador de Morella, cuya causa estaba pendiente, pero cuya cabeza reclamaba el populacho. El sosiego se ha restablecido por último, despues de haber logrado los agitadores casi todo cuanto han querido.

En otras provincias, por último, han amagado tambien síntomas de desórden, entre otras en la de Pontevedra, pero el movimiento se ha contenido. En cuanto á las juntas de vigilancia, todas ellas se han disuelto, y la de Barcelona es la que solo sigue con otro nombre ó el mismo sus fechorias.

La milicia nacional de Madrid y el regente del reino han hecho, aquella una esposicion y este un manifesto, condenando los excesos de estas dos ciudades ¿Será atendida la una y cumplido el otro? Poco podemos tardar en saberlo.